PABLO EL MARINO

DRAMA EN CINCO ACTOS

DEL

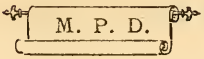
CÉLEBRE ALEJANDRO DUMAS

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

TERCERA EDICION.



PRECIO 6 REALES.

MADRID:
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. CUESTA,
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1880.

PERSONAJES.

El marqués de Auray.
La marquesa.
El conde de Marenccy, *su hijo.*
Margarita, *su hija.*
Pablo, *el marino.*
Luis Bremont.
El baron de Latour.
M. de la Jarry.
M. de Nozay.
Un escribano.
Roberto, *criado de la marquesa.*
Jazmin, *criado del conde.*

Nobles, oficiales de marina, un picador, varios criados.

La escena pasa el año 1779 *en Bretaña, en el castillo de Auray.*

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante a ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO.

Un salon en el piso bajo adornado al estilo de Luis XIII: puerta al fondo y dos laterales; una chimenea, y encima un espejo; á la derecha una ventana.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MARENCEY en traje de camino, entrando por el foro; le sigue un criado, el cual coloca sobre una mesa un par de pistolas, JAZMIN, ROBERTO y otros tres criados.

MARENC. (Sentándose en un sillon.) Jazmin, al postillon que solo me ha volcado dos veces desde Vannes aquí, le darás un escudo de seis libras. ¡Qué caminos! He de consultar al notario para que me instruya si existirá en los archivos de la familia algun nuevo derecho de servidumbre, cuya práctica pudiera restablecerse. (Dirigiéndose á un criado vestido con librea del tiempo de Luis XV que le hace una cortesía.) Está bien, Roberto, está bien, me alegro volver á verte.

ROBERT. Señor, y yo igualmente.

MARENC. Sí, ya entiendo; eso quiere decir...

ROBERT. Que todas las bendiciones del cielo...

MARENC. Vengan á parar á tu garganta. Nada más justo. Toma para refrescar; (Reparando en los otros tres criados.) esto para tí solo; ahora toma para que bebas con tus compañeros. Jazmin, avisad mi llegada á la señora Marquesa, y decidla de parte mia, que deseo recibir sus órdenes, bien me permita que suba á la habitacion del Marqués, ó

ya prefiera él molestarse en venir hasta aquí. Marchad. (Vánse los criados; Roberto les sigue.) Roberto, ¿no ha habido ninguna novedad durante mi ausencia? ¿Cómo está mi padre?

ROBERT. Siempre lo mismo; ni mejor ni peor.

MARENC. ¿Y su razon?

ROBERT. Así, así; tan pronto en buen estado como en completa nulidad, al menos segun nos cuentan, pues ya sabeis que de nadie se deja ver sino de la señora Marquesa.

MARENC. Es verdad, ni aun de nosotros. ¿Y mi hermana?

ROBERT. Siempre triste... Llora y se lamenta que es una bendicion de Dios. ¡Pobre señorita! No sale del castillo sino cuando va á visitar al viejo Bremont.

MARENC. ¿Seguirá viviendo en su casita del parque?

ROBERT. Sí señor; y se diria que solo alienta y tiene movimiento para ir á descansar debajo de la encina grande. ¿Ya sabeis cual? Allí se pasa las horas muertas, rezando, segun creo.

MARENC. ¡Anciano singular! ¿Y tú continuas siendo el que por órden de la Marquesa le asistes y procuras cuanto le es necesario?

ROBERT. Sí, señor. Sin oirle nunca más que «buenos dias», «felices tardes», «mil gracias, Roberto».

MARENC. Está bien. (Roberto se dirige á la puerta.) Roberto, vuelve los cañones de esas pistolas hácia la pared; ya sabes qué pavor infunde á mi madre esa clase de armas.

ROBERT. Aquí se acerca la señora Marquesa.

MARENC. Déjanos solos. (La Marquesa entra pausadamente por la puerta del foro. Roberto se retira.)

ESCENA II.

LA MARQUESA vestida de negro; EL CONDE DE MARENCEY.

MARENC. (Dirigiéndose á recibir á su madre á quien besa la mano arrodillándose.) Si la señora Marquesa me permite...

MARQ. Levantaos, hijo mio. Cuánto me alegro de ve-

ros. (El Conde la conduce á un sillon. La Marquesa repara en las pistolas y se estremece.)

MARENC. ¿Qué teneis madre mia?

MARQ. Nada. (Se sienta.) He recibido vuestra carta y os doy la enhorabuena. Me parece que habeis nacido para la diplomacia, aun con mayores disposiciones, que para la carrera de las armas, y debiais suplicar al Baron de Latour que pretendiese para vos en vez de un regimiento, una embajada.

MARENC. No dudo que lo conseguiria del mismo modo; tal es su valimiento, ó por mejor decir, hasta tal estremo se halla enamorado.

MARQ. ¿Enamorado de una mujer que no ha visto?

MARENC. ¡Oh! Latour es un hombre de talento, y cuantas noticias ha adquirido sobre nuestra familia, le hacen desear una alianza con nosotros. Además que él la merece. Sus pruebas datan de 1399, Cherin ha quedado muy satisfecho de sus títulos. Uno de sus ascendientes era de la familia real de Escocia. Desde entonces lleva un leon en los escudos de sus armas. En fin, es un partido que nos conviene, y no ignorais que él es quien ha insistido en que todas las ceremonias se hiciesen durante su ausencia. Vos, señora, habeis tenido la bondad de correr las amonestaciones; de suerte que mañana por la tarde podremos firmar el contrato en caso de que llegue Latour, ¿no es verdad?

MARQ. (Haciéndole una seña afirmativa con la cabeza.) ¿Y no os ha hablado nada acerca de Lusiñan? ¿No os ha preguntado por qué motivo habia solicitado nuestra familia la sentencia de su destierro?

MARENC. No señora, esa clase de servicios son tan comunes, que se olvidan á la mañana siguiente de haberse hecho. Nadie desconoce además que encierran siempre algun secreto interesante que no es prudente investigar. Sólo yo conservo aun en mi memoria á ese hombre.

MARQ. Vos, ¿y por qué?

MARENC. Porque recuerdo de tiempo en tiempo que debió mi venganza servirse de otras armas que de las que me serví.

MARQ. (Levantándose.) Hijo mio, no hableis de ese modo si no quereis atormentarme cruelmente.

MARENC. Teneis razon, madre mia. No pensemos ya en lo sucedido. (Pasándose la mano por la frente.)

MARQ. ¿Es decir, que Latour no sabrá nada?

MARENC. Nada; pero si he de manifestaros lo que pienso, lo mismo sería que lo hubiese sabido.

MARQ. ¿Cómo?

MARENC. Le creo demasiado filósofo para que no influyese en nada sobre lo que ya tiene decidido, cuanto pudiera haber llegado á su noticia.

MARQ. ¿Estará arruinado?

MARENC. Como todos los jóvenes nobles de hoy dia; pero como caballero y de la casa de que desciende, tiene grande influjo en la corte.

MARQ. Pues bien, nosotros somos bastante ricos para que sin menoscabar nuestra fortuna, podamos reparar la suya. (Cogiendo de la mano á su hijo.) Este enlace asegura la felicidad de mis hijos; por lo menos la del uno. No quiero que vivan esclavizados eternamente en un antiguo castillo de la Bretaña, lejos de los placeres, cerca de un padre demente que se niega á verlos y que acaso no los reconoceria si los viese. A mí tan solo me corresponde velar por un anciano moribundo á la sombra de estas antiguas murallas; y á vosotros, hijos mios, cuya vida es jóven y llena de ilusiones, el correr á buscar la dicha y los rayos libres del sol...

MARENC. ¡Ah! Madre mia, vos sois un modelo de desinterés y afecto, la imágen de las virtudes. Habeis jurado sacrificaros por el cumplimiento de un deber, y hace ya veinte años que sobrellevais vuestras desgracias con una heróica resignacion. Perdonad, madre mia, si yo manifiesto

tanta impaciencia en ver realizarse un proyecto que me separará de vos; pero me pesa ya de vivir ignorado y cada vez que escucho mi nombre, que mis ascendientes hicieron tan glorioso y vos tan respetable, me parece una acriminacion. Á mis años mi abuelo era maestre de campo, mi padre caballerizo del rey. Hay en las noblezas ciertos timbres que nunca se borran, como en el cielo estrellas, cuya luz es eterna; y sin embargo de esto, mi padre, enfermo hace veinte años y separado durante todo ese tiempo de la corte, ha sido olvidado del rey viejo á su muerte; el nuevo le ha olvidado tambien al subir al trono, hasta tal punto, que cuando me presenté en Versailles, mi nombre, el nombre del Marqués de Auray, apenas era conocido de esa corte novel.

MARQ. Tranquilizaos, hijo mio; yo espero que vuestro nombre ha de resonar aun tan alto, que llegue á los oidos del rey. Así Dios conserve sus dias por luengos y dilatados años, para bien de la Francia.

MARENC. ¿Y quién podria intentar nada contra su ventura? Luis XVI jóven y amable, María Antonieta tambien jóven y bella, rodeados ambos de una nobleza entusista y generosa, amados de un pueblo fiel. ¡Ah! Su suerte está reservada de todo infortunio.

MARQ. Ninguno, hijo mio, está libre de los errores ó de las debilidades humanas; ningun corazon está exento de pasiones aunque palpite debajo de una púrpura. Ninguna sien, aunque defendida por una corona puede gloriarse de que sus cabellos no encanecerán en una sola noche. ¿Decís que les rodea su nobleza? (Abriendo una ventana.) Mirad esas arboledas; por la primavera tambien ellas estaban pomposas y adornadas de hojas, y apenas han silbado los primeros aires del invierno, cuando se ven despojadas y mar-

chitas. ¿Decís que un pueblo leal los adora? Ved el mar, ahora está en calma, tranquilo y silencioso, mañana, esta noche, dentro de una hora tal vez, el soplo del huracan nos repetirá los ayes moribundos de los infelices que sepulta. Aunque separada del mundo, de cuando en cuando llegan á mis oidos rumores estraños. ¿No es cierto que se proclama una secta filosófica que cuenta ya con muchos partidarios de nombradía? ¿No se habla de todo un mundo que como una isla flotante se ha segregado de su madre pátria, hijos rebeldes que se niegan á reconocer á sus padres? ¿De un pueblo que se da el nombre de nacion? ¿No es cierto que personas de alta descendencia han atravesado los mares para ofrecer á los sediciosos las espadas que sus ascendientes solo hicieron brillar á la llamada guerra de sus legítimos soberanos? ¿Y no es cierto tambien que el rey Luis XVI y María Antonieta, su esposa, olvidándose de que los reyes son una familia de hermanos, han dado su beneplácito á estas emigraciones belicosas, y han enviado cartas de favor á no sé cual pirata?

MARENC. Todo eso es verdad, madre mia.

MARQ. (Con tono solemne.) Pues si es así, pedid á Dios, como yo, que vele sobre sus majestades el rey y la reina de Francia. (Váse con paso lento y sin volverse.)

ESCENA III.

EL CONDE y despues JAZMIN.

MARENC. (Observando á su madre al alejarse.) Este castillo triste y silencioso, la inspira sin duda pensamientos tan lúgubres y sombríos. No parece sino que bajo estas bovedas se ha cometido un crímen, que pesa sobre la conciencia de cuantos le habi-

tan. Apenas pongo los piés en él, desaparece á mis ojos el porvenir. ¡Dios mio! ¡Cuando le abandonaré!

JAZMIN. (Entregándole una tarjeta.) Para el señor Conde.

MARENC. ¿Para mí?—«Pablo Jones»—No conozco á este hombre.

ESCENA IV.

DICHOS y PABLO.

PABLO. Soy yo, caballero.

MARENC. (Con altanería.) Segun parece deseais hablarme sin tardanza.

PABLO. Os confieso, señor Conde, que no doy poca importancia á la entrevista que no dudo vais á concederme.

MARENC. Sabeis insinuar las cosas de tal modo, que ni aun dejais arbitrio para que se os puedan negar. Si ha de ser larga esta conferencia, servios tomar asiento.

PABLO. (Sentándose sosegadamente.) Con mucho gusto, puesto que tengo que hablaros muy detenidamente.

MARENC. Podeis empezar.

PABLO. Mandad que se retire ese criado.

MARENC. (A Jazmin.) Déjanos. (Váse Jazmin. A Pablo.) Ahora, pues, y antes que demos principo á nuestra conversacion, espero saber con quién tengo el honor de estar hablando.

PABLO. Nada más justo, caballero. Soy el capitan del navío que ha trasportado á Cayenne al jóven Lusiñan.

MARENC. (Mirándole fijamente.) ¡Es imposible!

PABLO. (Sentado como antes y con desenfado.) No me admira vuestra sorpresa, porque la penúltima vez que nos vimos fué en Brest, y entonces llevaba yo el pelo largo, negro y rizado, un disforme sombrero de paja y la blusa de marino, traje que desfigura sobremanera, y mucho más si á este

traje acompaña un acento breton muy marcado.

MARENC. Efectivamente, ahora recuerdo que de bajo de ese ancho sombrero de que me hablais, relumbraban dos ojos iguales á los vuestros. Aquel capitan se daba el mismo nombre con que vos os habeis anunciado en mi casa; Pablo. (Pablo le hace una cortesía.) Pero esta, segun me habeis dicho, fué la penúltima vez que tuve el gusto de veros. Ayudadme á recordar cuándo nos hemos encontrado despues, porque no lo tengo presente.

PABLO. La última, señor Conde; ha sido hace ocho dias en un asalto de esgrima, en casa del hijo del Ministro de Marina. Allí era yo un oficial inglés y me llamaban Pablo el Marino. Tenia el pelo rubio, un uniforme encarnado y pantalon ceñido. Obtuve el honor de jugar las armas con vos, señor Conde, y de clavaros tres botonazos antes de que vos pudierais tocarme.

MARENC. Sí, es verdad; ese era su mismo modo de mirar, y no obstante, el personaje no es el mismo.

PABLO. Eso consiste en que Dios ha querido que el hombre no pueda nunca desfigurar sus ojos, y por esto ha puesto en ellos un rayo de su luz. El capitan Pablo es el mismo que el marino inglés, y este el que se halla en vuestra presencia.

MARENC. Y hoy, ¿quién quereis ser?

PABLO. Yo mismo. Porque hoy no existen ya razones para ocultarme.

MARENC. ¿Cuál es pues el objeto de vuestra visita?

PABLO. Voy á decírosle. Hace dos años que paseándoos por la bahía de Brest, visteis entre sus innumerables navíos un brik de poco fondo, de altos mástiles, y digísteis para vos; «por fuerza el capitan de este buque tiene motivos muy poderosos para comerciar con un barco que lleva tanta lona y tan poca madera.» Esto os hizo pensar que yo era un corsario, un pirata, un filibótero. ¿Qué sé yo, lo que pensaríais?

MARENC. ¿Me equivoqué?

PABLO. Despues lo sabreis. Vamos al caso. En esa suposicion bajasteis á bordo de mi navío, en y el entrepuente os encontrasteis con el capitan Pablo. Veniais encargado de un pliego del Ministro de Marina, que mandaba que cualquier oficial de travesía larga debia conducir á Cayenne, tan luego como recibiera aquel pliego, á un tal Lusiñan, reo de estado.

MARENC. Es cierto...

PABLO. Entonces obedecí porque navegaba bajo el pabellon de Francia, y no sabia (El Conde se levanta y acerca á Pablo.) que Lusiñan no habia cometido otro delito que el de haber sido favorecido amante de la señorita Margarita de Auray, vuestra hermana.

MARENC. (Poniéndole la mano sobre el hombro.) ¡Caballero!

PABLO. (Levantándose y tomando con indiferencia una pistola.) Señor Conde, teneis un lindo par de pistolas.

MARENC. Y están cargadas.

PABLO. ¿Son ciertas de puntería?

MARENC. Si quereis que demos juntos un paseo, podremos hacer la prueba.

PABLO. Gracias, Conde de Marencey; conozco la fábrica de donde han salido. Su autor es un armero aleman muy acreditado. El otro dia gané un par igual á Saint-Georges, coronel del regimiento de América. Apostó conmigo cortar doce balas sobre el filo de un cuchillo, que serviria de blanco. No erró ni una sola.

MARENC. Y entonces, ¿cómo habeis podido ganarle?

PABLO. Partiéndolas más por el centro.

MARENC. No creais que por eso variaré la proposicion que acabo de haceros. Lo que prueba esa apuesta únicamente, es que sois certero tirador.

PABLO. (Con tono indiferente.) ¿Qué quereis que suceda? Durante los largos dias de calma, cuando ningun soplo de viento riza ni empaña ese espejo de Dios que llamamos mar, nosotros los ma-

rinos aislados en nuestra soledad, tenemos que echar mano de los pasatiempos que se nos ofrecen. Entonces ejercitamos nuestra destreza contra las cansadas golondrinas que vienen á posarse en las arboladuras del navío, ó contra las paviotas de extendidas alas, cuyo chillido lastimero, al revolar, nos anuncia el soplo de la brisa. De este modo llegamos á ese grado de superioridad en unos ejercicios, que á primera vista parecen tan ajenos de nuestra profesion.

MARENC. (Despues de un momento de silencio.) Proseguid caballero.

PABLO. Pues, como os decia, Lusiñan era un gallardo y valiente jóven. Me refirió su historia; de qué modo habia brotado en su alma aquel amor irresistible, profundo, impetuoso, como el de Paolo y Francesca, como el de Romeo y Julieta, y sus dulces coloquios amorosos con vuestra hermana, en que ella le repetia las mismas palabras de la jóven de Verona... «¡Tuya, tuya hasta la muerte!»

MARENC. (Con rabia.) Demasiado fielmente le ha cumplido su palabra.

PABLO. Me contó sus desgraciados amores, puros como los de los ángeles; los proyectos que alimentaba en su imaginacion de hacerse un nombre (Sonriéndose.) como el de Alejandro ó el de Dante, para ofrecerle á las plantas de la que adoraba, sus contínuas y respetuosas instancias para con vuestra madre, las repulsas orgullosas de esta y vuestras sátiras amargas, que toleró como si en su pecho no latiese el corazon de un hombre. Me refirió sus lágrimas, su desconsuelo, su desesperacion cuando vuestra hermana le mandó, bañada en lloro, que abandonara la Bretaña, en aquella noche de despedida, de agonía, de lágrimas y suspiros.

MARENC. ¡Y de vergüenza!

PABLO. Así lo parece á vuestros ojos. A vosotros, que

os creeis hombres virtuosos, os dá vergüenza cuando una pobre criatura, á quien todo arrastra y fascina, y á quien nadie sostiene, se rinde á la edad, á la seduccion, al amor.—¿Pero no es verdad que no he olvidado ninguna de las circunstancias de esos amores?

MARENC. Ninguna.

PABLO. Sin duda consiste en que sus protestas y juramentos están consignados en estas cartas de vuestra hermana, que Lusiñan me dió en el momento en que iba á entregarse á la vida aventurera y errante de los asesinos y bandidos, encomendándome que las pusiese en manos de la misma que las habia escrito.

MARENC. Dádmelas, y os prometo que serán fielmente devueltas á la persona que tuvo la imprudencia...

PABLO. De confesar sus penas al único sér que la amaba en la tierra. Hermana imprudente, que no hallando en su hermano apoyo contra el abandono de su padre y la tiranía de su madre, ha comprometido su familia, firmando con un apellido ilustre unas cartas, que pueden los que son nobles como vos;... ¿Qué nombre dan á esto? manchar sus timbres. ¿No es verdad?

MARENC. (Con impaciencia.) Puesto que conoceis la importancia de esos papeles, cumplid la mision que os han impuesto, entregándolos á mi hermana, ó á mi madre, ó bien á mí. (Alargando la mano.)

PABLO. Al desembarcar en Brest tenia esa intencion; pero por qué tanto hará unos quince dias, entrando en una iglesia...

MARENC. (Con ironía.) ¿En una iglesia?

PABLO. Sí, señor.

MARENC. ¿Con qué objeto?

PABLO. Para rogar á Dios.

MARENC. ¿El capitan Pablo cree en Dios? (Con ironía)

PABLO. Caballero, si no tuviese yo fe, ¿á quién invocaria en medio de las borrascas?

MARENC. Acabad. ¿En esa iglesia?...

PABLO. Oí á un sacerdote anunciar el próximo enlace del Baron de Latour, con la noble Margarita de Auray.

MARENC. ¿Y qué encuentra en eso de extraordinario el capitan Pablo?

PABLO. Nada, señor Conde. Pero confieso que al oir aquello, sentí nacer en mi alma un movimiento de compasion: parecióme que cuando todos olvidaban la suerte de Lusiñan, reducido á vivir entre bandidos, era digno de mí acordarme de él y hacer lo posible por sacarle de tan vergonzoso estado. En la posicion en que os encontrais y con arreglo á los planes de ambicion que creeis realizar con la alianza del Baron de Latour, bien valen estas cartas cien mil libras, señor Conde. Esta cantidad hará una brecha bien miserable en las rentas de medio millon de francos que constituyen vuestra fortuna.

MARENC. ¿Y, quién me asegura que esas cien mil libras...?

PABLO. Extended una libranza á nombre de Lusiñan, y en cambio os entregaré las cartas.

MARENC. Puesto que todo ello quedaba reducido simple y sencillamente á un asunto de intereses que debiamos arreglar entre nosotros, hubiera deseado os excusárais la molestia de referirme tan cansada historia, empezando por donde habeis concluido; ó en una palabra, habiéndome enviado un escribano. La familia de Auray reserva todos los años, para sus limosnas, una suma doblemente cuantiosa que la que vos exigís. (Se acerca á la mesa y escribe.)

JAZMIN. (Entrando.) ¿Señor Conde?

MARENC. No estoy visible para nadie; dejadnos.

JAZMIN. Vuestra hermana...

MARENC. Que vuelva luego.

JAZMIN. Me ha dicho que desea hablaros ahora mismo.

PABLO. Si os soy molesto volveré otro dia.

MARENC Nada de eso, capitan Pablo; podemos dejar zan-

jado hoy mismo este asunto ya que hemos empezado. Voy á recibir á mi hermana, y como es absolutamente inútil el que os vea, hacedme el obsequio de pasar á este gabinete. Encontrareis una escogida biblioteca.

PABLO. Como gusteis, señor Conde. (Entra en el gabinete de la izquierda.)

MARENC. (A Jazmin.) Decid que entre.

ESCENA V.

MARENCEY, MARGARITA y PABLO en el gabinete.

MARENC. Daos priesa á decirme lo que quereis, Margarita, porque estoy muy ocupado en este momento.

MARGAR. ¡Ah! Marencey, en otros tiempos nos hubiéramos mútuamente estrechado en nuestros brazos, al volvernos á ver despues de dos meses de ausencia.

MARENC. Sí, mas desde esa época han pasado tantas cosas entre nosotros.

MARGAR. ¿Qué sucesos pueden alterar la armonía de dos hijos de una misma madre? ¿Quién puede separar la sangre de la sangre, el hermano de la hermana?

MARENC. Una falta.

MARGAR. ¡Cruel sois, hermano mio! Sabeis que no puedo implorar el favor de mi padre; que la presencia sola de mi madre me hace enmudecer y temblar; que vos sois mi única esperanza, y cuando me veis entrar, no como debiera hacerlo una hermana en la estancia de su hermano, no con alegres ojos ni la sonrisa en los labios, sino bañadas en lloro mis mejillas y con voz suplicante, no me diriges la palabra más que para confundirme y humillarme más.

MARENC. ¿Qué es lo que quereis?

MARGAR. Saber de vos si es cierto lo que se dice.

MARENC. ¿El qué?

MARGAR. Que mañana por la tarde...

MARENC. Acabad.

MARGAR. El Baron de Latour...

MARENC. Estará aquí. Es cierto.

MARGAR. ¡Ah! ¡Dios mio!

MARENC. Yo creia que habiendo tenido la precaucion de anunciaros su llegada con dos meses de anticipacion, no os hubiera cogido de sorpresa esta noticia.

MARGAR. Por muy inminente que sea el riesgo que nos amenaza, la esperanza nunca muere. ¡Cuántos infelices han obtenido su perdon en las mismas gradas del cadalso, hermano mio!

MARENC. Explicaos.

MARGAR. ¿Aun no me comprendes? ¡Ah! Si el cielo hubiera puesto en mis manos excusarte un pesar, como en las tuyas librarme á mí de una eterna desventura; si tú me hubieses suplicado, como yo; si bastase una palabra de mis labios, no para hacerte dichoso, no ya para labrar tu felicidad, sino para salvarte de la desesperacion, ¡oh! ¡Con qué entusiasmo y reconocimiento hubiera yo bendecido al cielo al pronunciarla!

MARENC. Este asunto no depende de mí. Es un asunto que interesa á mi padre, un proyecto decidido por la Marquesa; una alianza indispensable para conservar el honor de nuestra casa.

MARGAR. ¿Un asunto que interesa á mi padre, dices? ¡Plugiera al cielo que él pudiese ambicionar alguna cosa! ¡Infeliz padre mio! ¡Plugiera al cielo que yo muriese por complacerle! ¿Un proyecto decidido por mi madre? ¡Ah! El mismo que la ha hecho pensar en él, fácilmente conseguiria variar sus intenciones... ¿Una alianza indispensable al honor de nuestra familia? Por fortuna nuestra casa es bastante poderosa en nombre y riquezas, para que ya sea imposible ennoblecerla más, ni aun con la alianza de un príncipe. No,

no es nada de eso, Marencey. Otras son las razones. Me habeis puesto en ajuste, me habeis vendido á cuenta de vuestra ambicion.—Me habeis dado en trueque vergonzoso, por una cruz y por un grado, y al cerrar el ajuste habeis dicho: «Es una niña, y obedecerá; si se resiste, su mismo apartamiento y sus desgracias, serán las armas de que me valdré para anonadar sus deseos.» Pues bien, Marencey; os habeis engañado. Precisamente mi desgracia me prestará energía, y en mi soledad y abandono encontraré valor y fuerza necesaria para resistirme.

MARENC. ¿Segun eso estais decidida á desobedecer á vuestra madre?

MARGAR. La misma noche en que hablé por la última vez al hombre á quien nunca más verán mis ojos, nos esperaba un sacerdote para enlazarnos. Lusiñan postrado á mis piés, loco, delirante, desesperado, me decia que no le amaba; yo me negué á seguirle por no desobedecer á mi madre; pero le hice juramento de que nadie más que él tendría derecho á llamarme su esposa. Lo juré por la salvacion de mi alma y cumpliré mi promesa.

MARENC. ¿Con que os declarais abiertamente contra nuestros deseos?

MARGAR. Confio en que Dios me dará fuerza para resistir.—Adios, hermano mio. Plegue al cielo seais más dichoso que vuestra desgraciada hermana.

MARENC. (Mirándola retirarse.) Adios, débil junco, que te juzgas encina jigantesca. ¡Oh! Cuando la ira de mi madre se desplome sobre tí, inclinarás la frente, y doblarás sumisa las rodillas. (Viendo al capitan Pablo á la puerta de la biblioteca.) ¡Ah! Sois vos, capitan, sacad las cartas; voy á extenderos la obligacion que me pedíais. (Se dirige á la mesa.)

PABLO. Ya es inútil, señor Conde.

MARENC. (Con viveza.) ¿Y por qué?

PABLO. Porque tomo á mi cuenta velar por la suerte de Lusiñan, y le proporcionaré dinero al propio

tiempo que me encargo de buscar marido á vuestra hermana.

MARENC. (Acercándose á él con ímpetu.) ¡Vos! ¿Y quién sois vos para disponer de mi familia?

PABLO. (Apartándose.) ¿Quién soy? Mañana os lo diré, porque yo mismo no lo sabré hasta esta tarde.

MARENC. (Deteniéndole por el brazo.) ¿Y me dais vuestra palabra de que nos veremos mañana?

PABLO. Os lo prometo bajo palabra de honor. (Váse.)

MARENC. Está bien. (Solo.) Lo que yo veo aquí como indudable, es que este hombre y yo tendremos que acabar á tiros.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion de Luis Bremont, á doscientos pasos del castillo de Auray; puerta al foro, por la cual se ven los árboles del parque: una ventana á la derecha; á la izquierda una puerta que conduce á otro cuarto.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA y BREMONT; al correrse el telon aparece la Marquesa cubierta con un velo negro y sentada junto á una mesa, en ademan pensativo: tiene delante una Biblia abierta. Bremont sale á poco tiempo, y al ver á la Marquesa se dirige á hablarla.

BREM. ¿Señora Marquesa?

MARQ. (Levantando la cabeza.) ¿Sois vos, Bremont? Hace media hora que os estaba esperando. ¿Dónde os hallábais?

BREM. Si mi señora la Marquesa se hubiese tomado la molestia de andar cincuenta pasos más, me hubiera encontrado á la entrada del parque, debajo de la encina grande.

MARQ. Ya sabeis que nunca me dirijo hácia ese lado.

BREM. Y haceis mal, señora. Hay en el cielo un alma que tiene derecho á nuestras plegarias, y que sin duda se admira de no escuchar sino las oraciones del pobre Bremont.

MARQ. ¿Y quién os ha dicho que yo no rezo á mis solas, ni qué os ha hecho suponer que puedan reclamar los difuntos el que esté uno eternamente prosternado sobre sus tumbas?

BREM. Nada, pero creo sin embargo, que si alguna parte de nosotros nos sobrevive en la tierra, esta

parte se estremece de placer al rumor de las pisadas de las personas que amaba en el mundo durante la vida.

MARQ. ¿Y si ese amor hubiese sido un amor criminal?

BREM. ¿Juzgais que no bastan para espiarle la muerte y la sangre? Dios es un juez en estremo justiciero para no ser despues un padre amoroso.

MARQ. Sí, Dios perdona sin duda, porque es un ser omnipotente, un ser misericordioso; ¿pero, os figurais que si el mundo supiera lo que el cielo, perdonaria jamás?

BREM. ¡El mundo! Gran palabra es esa que acaba de salir de vuestra boca: ¡el mundo! A ese ídolo es á quien todo lo habeis sacrificiado por orgullo; pasiones de enamorada, afectos de esposa, sentimientos de madre. ¡El mundo! El es el que os obliga hoy á vestiros de luto, esperando ocultar sin duda de ese modo vuestros remordimientos, y no habeis esperado inútilmente, porque el mundo los ha calificado de virtudes.

MARQ. (Levantándose.) Hablais en nombre de los demás con tanta acrimonia, que me hace temer alguna reconvencion de vuestra parte. Bremont, ¿he faltado por ventura á alguna de las atenciones que juzgo se os deben? ¿Los criados que os sirven por órden mia, os han negado el respeto y la consideracion que les tengo encomendado? Hablad. Ya sabeis que una sola palabra vuestra.

BREM. Perdonad, señora; la tristeza y no el resentimiento, me hace explicar en estos términos. Es efecto del retiro y de la ancianidad. No ignorais lo que es ver exasperarse nuestros pensamientos sobre una conciencia que los está amargando: lo que es derramar lágrimas que vuelven á caer sobre nuestro corazon: no, despues de que movida por un sentimiento de piedad á que os estoy reconocido, sin que pretenda profundizar su orígen, os habeis encargado de vigilar para que nada falte á mis necesidades,

ni un sólo dia habeis echado en olvido vuestro propósito; y yo, á semejanza del viejo profeta, he visto muchas veces venir un ángel por mensajero.

MARQ. Sí, ya sé que Margarita acompaña á menudo al criado que os sirve, y he observado con alegría los desvelos que por vos se toma.

BREM. Por mi parte, tampoco creo haber faltado á mis deberes. Hace veinte años vivo léjos de los hombres; he alejado de esta cabaña á toda criatura humana, temiendo por vos el delirio de mis horas de fiebre, y las palabras que se escapan entre sueños.

MARQ. El secreto ha sido guardado fielmente, y esta es una razon más para que tema que se pierda en un dia el fruto de veinte años, más lúgubres aun, más solitarios y terribles que los vuestros. Nadie sospecha esta terrible historia; ¡pero cuánto me ha costado! Vos no os podeis imaginar lo que es estar en vela, al cuidado de un demente, que si logra por un instante una ráfaga de razon, es sólo para acriminarme mis faltas; y cuando recae en su locura, repite cien veces al dia aquellas palabras con que sin duda tambien el dia del juicio me despertará en mi sepulcro el ángel del Señor.

BREM. Y que yo tambien oiré, porque tambien estaba á su lado cuando aquel desventurado espiró pronunciándolas.

MARQ. Estas son mis penas como esposa. Luego vivir separada de mis hijos por alejarlos de su padre; mis hijos, que me conocen sólo por el horror que les inspiro; mis hijos, que cuando les ofrezco mis brazos se postran á mis piés, llamándome señora; hé aquí lo que sufro como madre.

BREM. ¿Pero no os acordais de alguno que ignora que sois su madre?

MARQ. (Estremeciéndose.) ¡Bremont!

BREM. No es cierto que habeis temblado muchas ve-

ces al imaginaros, que existe un hombre que pudiera un dia pedirme cuenta de ese secreto que tanto os ha costado reservar, y que yo no podria ocultarle. ¡Ah! Pero tranquilizaos: ya sabeis que desde la edad de quince años se fugó del colegio de Escocia, en donde se educaba, y desde entonces no hemos vuelto á saber de él: habrá olvidado la carta de su padre y perdido la señal con que debia darse á conocer, ó acaso, y es lo más probable, no existe ya.

MARQ. Bremont, cruel sois en hablar de ese modo á una madre. ¡No podré yo vivir tranquila si mi hijo existe! Por ventura, ¿un secreto que ignoró veinte años, será tan importante á los veinte y cinco, que no pueda vivir ya si no se le revela? Bremont, amigo mio, ¿no pudiera decírsele que su madre voló á la eternidad á unirse con el autor de sus dias, pero que al morir le ha encomendado al cuidado de la Marquesa de Auray, quien será para él otra madre?

BREM. Sí, vos teneis entereza suficiente para decirle todo eso; sabríais decírselo con acento firme y seguro, con ojos enjutos y serenos y con tranquilo corazon; podríais hablar con él sin que involuntariamente saliesen de vuestra boca estas palabras al verle: «Hijo mio.» Y sin embargo, es el hijo de un hombre á quien habeis amado, hasta el punto de olvidaros de vuestros deberes, y hace ya veinte años quo no habeis podido llamarle hijo ni estrecharle contra vuestro corazon. Vos sois dueña de vuestras pasiones y sentimientos; pero yo, infeliz de mí, si llegase á verle, sólo tendria fuerzas para lanzarme á sus brazos, y estrechándole con los mios, decirle: «¡Enrique! ¡Querido Enrique!»

MARQ. ¡Ah! Es que vos no teneis nada que ocultar, y por lo mismo, Bremont, sólo he venido aquí para hablaros de este asunto; para pediros que tengais compasion de mí.

BREM. Tan leal como he sido en guardar las promesas que hice á la marquesa de Auray, seré en cumplir lo prometido al conde de Morlaix. El dia en que su hijo, que es el vuestro, me presente la prenda por la que deba reconocerle, y exija de mí que le descubra el secreto de su nacimiento, se lo descubriré al instante, señora. En cuanto á los papeles que lo comprueban, ya sabeis que no deben serle entregados sino despues de la muerte de vuestro esposo. El secreto está aquí (Señalando á su corazon.): ningun poder en el mundo puede impedir que lo declare ni arrebatármele tampoco. Tengo escondidos los papeles en un armario á la cabecera de mi lecho, y la llave va siempre conmigo: sólo un robo ó un asesinato pueden quitármelos.

MARQ. Pero podeis morir antes que el Marqués: ¿qué seria entonces de esos papeles?

BREM. El sacerdote que me asista en la agonía los recibirá bajo el secreto de la confesion.

MARQ. ¿De suerte que la cadena de mis padecimientos se prolongará hasta mi muerte, y el último anillo será el que cierre mi ataud? Solo existe en el mundo un hombre, al cual, ni súplicas, ni suspiros, ni dádivas, pueden ablandarle ó vencerle, y ese cabalmente le coloca el cielo en medio de mi camino, como un peñasco contra el cual la tormenta me repele hasta destrozarme. De tí depende mi secreto; tú puedes disponer de él á tu albedrío; tú eres el señor y yo la esclava. Adios.

BREM. Señora Marquesa, si gustais os acompañaré hasta el castillo.

MARQ. Gracias. (Váse.)

ESCENA II.

BREMONT solo.

BREM. Sí, Marquesa, sí; teneis un corazon insensible á todo otro temor, que á ese que el cielo ha legado á vuestro corazon, para que ocupe el lugar de los remordimientos; pero reemplaza cumplidamente á todos los demás, y comprais harto caro el título de virtuosa. La virtud de la Marquesa de Auray está tan bien asentada, que si la verdad apareciese del fondo de la tierra, ó descendiese de las nubes, estoy persuadido de que la calificarian de impostura. En fin, Dios todo lo puede, y lo que hace está escrito en su sabiduría eterna largo tiempo antes de suceder.

ESCENA III.

BREMONT y PABLO que viene de fuera.

PABLO. Bien dicho, anciano. Hay más nobleza en la resignacion que calla, que en la filosofía que duda Verdad es esta que hubiera yo deseado, para fortuna mia, tener menos pronta en los labios y más arraigada en el corazon.

BREM. Caballero, no os conozco; ¿quién sois?

PABLO Por ahora soy un hijo de la república de Platon, y tengo por hermanos á toda la generacion de los hombres; por patria el mundo, y por toda vivienda á la luz del dia, el lecho que yo mismo me fabrico.

BREM. ¿Y qué es lo que quereis?

PABLO. Busco á veinte leguas de Brest y á doscientos pasos del castillo de Auray, una cabaña que se parece extraordinariamente á esta, y un anciano que pudiérais ser vos.

BREM. ¿Cómo se llama ese anciano?

PABLO. Luis Bremont.

BREM. No os habeis equivocado; soy yo.

PABLO. (Quitándose el sombrero.) La bendicion del cielo caiga sobre vuestros cabellos blancos; aquí teneis una carta de mi padre, á lo que creo, en la que os llama hombre honrado.

BREM. (Conmovido.) ¿Y esa carta no encierra dentro nada?

PABLO. Sí por cierto; como la mitad de una moneda de oro, cuyo resto debeis tener vos.

BREM. (Alargando la mano y cogiendo maquinalmente el pedazo de oro y la carta.) Sí, sí, esto es; y aun más que esto me haría reconocerle su extraordinaria semejanza. ¡Hijo! ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

PABLO. ¿Qué teneis?

BREM. ¡Ah! Vos no sabeis que sois el retrato de vuestro padre, y que á vuestro padre le queria hasta el extremo de prodigar por él mi sangre, mi vida, como lo haria por tí, ¡oh jóven! si me la pidieses.

PABLO. Abrazadme entonces, amigo mio, porque la cadena de los afectos no ha podido romperse entre el sepulcro y la cuna; cualquiera que fuese la fisonomía de mi padre, sino se necesita para parecérsele más que una conciencia pura, un valor á toda prueba, y una frente que ante ninguna se doblegue, vos lo habeis dicho, soy el vivo retrato de mi padre, más en el alma que en el semblante.

BREM. (Mirándole.) Sí, vuestro padre era lo mismo, la misma altivez en la cara y el mismo fuego en sus ojos. ¡Ah! Noble jóven, ¿por qué no he llegado á verte antes? Hay horas tan sombrías en mi existencia; que acaso tú hubieras logrado dorarlas y esclarecerlas.

PABLO. ¿Por qué? Porque esta carta me advertia viniese á encontraros al cumplir los veinticinco años, y acabo de cumplirlos hace una hora.

BREM. ¡Han pasado ya veinticinco años y me parece que fué ayer cuando nacistes en esta choza, y abristes los ojos á la luz en esta misma estancia!

PABLO. Yo he vivido aquí hasta la edad de cuatro años, ¿no es verdad?

BREM. Sí.

PABLO ¡Ah! Dejadme que me vaya acordando, porque se me figura que yo he visto este aposento en mis sueños. Sí, es este, debe tener una cama con cortinajes verdes.

BREM. Sí.

PABLO. ¿Un crucifijo de marfil á la cabecera?

BREM. Sí.

PABLO. Y en frente un armario con libros, entre otros una gran Biblia con láminas.

BREM. Mírala.

PABLO. Esta es, esta es; habia además una ventana desde donde se distinguia el mar... una isla.

BREM. La de Noirmoutiers.

PABLO ¡Ah! Solo, solo; dejadme solo un momento. Necesito estar solo y llorar por la primera vez de mi vida. (Precipitándose dentro del cuarto.)

BREM. ¡Bravo! Tiene un buen corazon. Dios mio, bendito seas.

PABLO. (Volviendo á salir.) Allí era, allí mismo ¿Por qué esconderme para llorar? ¿Por qué ocultar lo que pasa por mí? Anciano, mírame. Yo he visto las borrascas hacer botar mi bajel, y he conocido que no era mayor peso, para la impetuosidad de los huracanes, que para la brisa de la tarde una débil hoja seca y desprendida. He visto caer los hombres en derredor mio como las espigas bajo la hoz del segador: he escuchado los gritos de angustia y de muerte que exhalaban los mismos con quienes el dia antes habia celebrado un banquete, y para recibir su postrimer suspiro, he cruzado por entre una granizada de metralla y balas sobre un terreno en que la sangre hacia resbalar mis pasos. Pero este cuarto del cual

conservaba yo religiosamente un recuerdo de veneracion, este cuarto donde he recibido las caricias de un padre que nunca tornaré á ver, de una madre acaso, que para siempre se negará á abrazarme, este cuarto es una cosa sagrada como la cuna en donde pasaron nuestros primeros años, como el sepulcro de nuestros padres: necesito llorar porque si no llorase me ahogaria el dolor.

BREM. Sí, tienes razon, es un sepulcro y una cuna al mismo tiempo, porque aquí naciste, y aquí mismo recibiste los últimos suspiros de tu moribundo padre.

PABLO. ¿Con qué ha muerto ..? ¡Y salieron ciertos mis presentimientos!

BREM. Sí, ha muerto.

PABLO. Cuéntame cómo ha sido.

BREM. Nada sabré ocultaros.

PABLO. Aguarda un instante anciano. Ahora me faltaria valor para escucharte. Concédeme algunos momentos para serenarme (Abre la ventana.) ¡Qué espectáculo tan hermoso, es una tarde de otoño cuando el sol vá á sepultarse en los mares! Su aspecto es majestuoso como Dios, grande como su eternidad. Ningun hombre que haya admirado este espectáculo imponente, puede tener miedo á la muerte. ¿Mi padre habrá muerto con valor, no es verdad?

BREM. Sí, pardiez.

PABLO. Aunque yo apenas contaba cuatro años, creo estarle aun viendo, la última vez que estampó su beso paternal en mi frente.

BREM. Era un apuesto jóven como vos, y precisamente de vuestra misma edad entonces.

PABLO. ¿Cómo se llamaba?

BREM. El Conde de Morlaix.

PABLO. Es un nombre de distincion entre los títulos ilustres de la Bretaña: ¿y mi madre?

BREM. ¿Vuestra madre...? La Marquesa de Auray.

PABLO. (Levantándose repentinamente.) ¿Qué dices?

BREM. La verdad.

PABLO. ¡Por Jesucristo!

BREM. Lo juro por su sangre.

PABLO. ¿Es decir, que el Conde de Marencey y Margarita son hermanos mios?

BREM. ¿Los conoceis ya...?

PABLO. Razon teníais, anciano. Para Dios no hay imposibles, y lo que permite que suceda, está escrito en su sabiduría largos años antes. (Se deja caer en un sillon ocultando el rostro entre las manos.)

BREM. Vuestro padre y la Marquesa estaban desposados desde niños; ignoro qué resentimientos indispusieron las dos familias separándolas entre sí. El Conde de Morlaix partió con direccion á Santo Domingo, donde su padre conservaba una casa. Yo le acompañé porque era hijo de su misma nodriza, habia tenido los mismos estudios que él, me llamaba hermano, y era tambien el único que tenia presente la barrera distante que ponia entre nosotros su nacimiento.

PABLO. ¡Excelente hombre! (Aparte.)

BREM. Pasados dos años volvió, y halló casada con otro á la que tanto habia adorado. Pero el Marqués, llamado á Paris para desempeñar el destino que ejercia al lado de Luis XV, se habia visto precisado á dejar á su jóven esposa, demasiado decaida y enferma para poderle acompañar, en la antigua fortaleza de Auray, cuyos torreones se distinguen desde aquí. (Pablo levanta poco á poco la cabeza y da á entender que las ve.) Con respecto á mí, durante este viaje, mi padre habia muerto y me habia dejado en herencia esta casita y el terreno que la circuye, de todo lo cual tomé entonces posesion.

PABLO. Prosigue.

BREM. Una noche, ya han pasado veinticinco años desde aquella noche, llamaron á esa puerta; abrí y entró vuestro padre, trayendo en sus brazos una

mujer cubierta la cara con un velo. «Luis, me dijo, vas á hacerme un servicio más grande que el de salvar mi vida y mi honor. Vas á salvar la honra y la existencia de la que adoro. Monta en un caballo, vuela á la ciudad, y procura estar de vuelta con un médico antes que pase una hora.» Obedecí.—El facultativo entró en está habitacion de la cual salió despues vuestro padre, llevando en sus brazos y siempre cubierta aquella misteriosa mujer, á quien debísteis el ser.

PABLO. ¿Y cómo supiste que era la Marquesa de Auray?

BREM. Prometí á vuestro padre teneros conmigo; aceptó mis ofertas, y de tiempo en tiempo venia á pasar algunas horas á vuestro lado.

PABLO. ¿El solo?

BREM. Siempre. Unicamente cuando paseábais por el parque y os encontraba la Marquesa, os hacia señas para que corriéseis á su encuentro, y os abrazaba como á cualquier otro niño á quien se hacen caricias por ser hermoso.—Cuatro años pasaron de este modo.—A poco tiempo de haber espirado los cuatro años, llamaron otra noche á esta misma puerta; era tambien vuestro padre. Parecia más sereno, pero más taciturno, más triste y sombrío que la vez primera. «Luis, me dijo, estoy desafiado con el Marqués de Auray para mañana al amanecer, es un duelo á muerte, y que segun hemos convenido tú solo presenciarás como testigo; concédeme pues hospitalidad por esta noche, y dame avios de escribir.» Le obedecí.—En seguida se sentó junto á esa mesa, en esa misma silla en que ahora estais, (Pablo se levanta.) y pasó la noche velando.—Apenas rayó el alba, entró en mi cuarto y me encontró ya dispuesto, porque yo tampoco me habia acostado. Vos solo erais el que dormíais tranquilamente en vuestra cuna.

PABLO. ¿Y luego?

BREM. Vuestro padre os miró tristemente y exclamó:

«Escucha, Bremont; si yo muero, como podrian acontecer mil desgracias á este niño, cuidarás de enviarle á Fild, mi ayuda de cámara, con esta carta. El ha quedado encargado de trasportarle á Escocia y depositarle en personas de confianza. Cuando cumpla veinticinco años, se presentará á tí con la otra mitad de esta pieza de oro, te preguntará el secreto de su nacimiento y se le revelarás. En cuanto á estos papeles, no los pondrás en su poder, sino despues del fallecimiento del Marqués.» Despues añadió.—«Ya que todo está prevenido, partamos.»—Se acercó entonces á vuestra cama, se inclinó para daros un beso, y aunque era todo un hombre, vi correr sobre vuestra mejilla una lágrigrima de sus ojos.

PABLO. Acaba. (Con voz ahogada.)

BREM. Aquella lágrima os hizo despertar, y le echásteis las manos al cuello gritándole; ¡adios, padre mio!

PABLO. Mil veces he reflexionado que la infancia tiene presentimientos. La ancianidad y la niñez están cerca de Dios.

BREM. La cita era á cien pasos de aquí, en una de las calles del parque. Cuando llegamos se hallaba allí ya el Marqués; á su lado y sobre un banco estaban las pistolas cargadas; los dos rivales se saludaron sin hablarse. El Marqués señaló con la mano las armas, y cada cual cogió la suya. Colocáronse los dos á distancia de treinta pasos, y empezaron á andar de frente hasta encontrarse. ¡Os aseguro que aquel momento en que yo observaba estrecharse y disminuirse el terreno entre los dos hombres, fué horroroso para mí! A distancia de diez pasos, se detuvo el Marqués y disparó. Yo estaba mirando á vuestro padre; ningun nervio de su frente se contrajo; prosiguió marchando hácia el Marqués, hasta apoyarle la pistola sobre el corazon.

PABLO. Pero... no le mató, ¿no es verdad?

BREM. Le dijo: «Soy dueño de vuestra vida, puedo quitárosla, pero quiero que vivais para que me perdoneis como yo os perdono, y...» cayó muerto al acabar estas palabras. La bala del Marqués le habia atravesado el pecho.

PABLO. ¡Ah! ¡Padre mio! Padre mio... Y ese hombre vive, ¿no es verdad? ¿Y yo podré satisfacer mi venganza en él? ¿No es verdad que vive? Iremos á buscarle y tú le dirás, miradle; este es su hijo, su hijo, y os teneis que batir con él.

BREM. El cielo ha tomado á su cuenta el vengaros; ese hombre está loco.

PABLO. Es verdad; lo habia olvidado.

BREM. Y en sus arrebatos, eternamente se le representa aquella terrible escena, y cien veces por dia repite las palabras de muerte que le dirigió vuestro padre.

PABLO. Y por eso sin duda no le deja solo un instante la Marquesa.

BREM. Sí, y por la misma razon aleja á sus hijos del lado de su padre, bajo pretesto de que el Marqués no quiere verlos.

PABLO. ¡Pobre hermana mia! ¿Y ahora quiere sacrificarla haciéndola casar á su despecho con ese miserable Latour?

BREM. Sí, porque ese miserable Latour llevará á Paris á su esposa, alcanzará el mando de un regimiento de dragones para su hermano, y la Marquesa no tendrá que temer ya la presencia de sus hijos. Su secreto queda entonces entre dos ancianos, que mañana, esta noche misma, tal vez, pueden fallecer, y la viuda de Auray, modelo de amor maternal y de conyugal virtud, les sobrevivirá gozando del respeto y de la consideracion de los hombres.

PABLO. ¡Ah! Crees tú que mi madre...

BREM. Perdonad, he dicho mal, yo nada creo. Olvidad mis palabras. Muy en breve quizás podreis juz-

gar por vos mismo de lo que os he referido.

PABLO. (Mirando por la ventana.) Silencio, alguien se acerca.

BREM. Es un criado del castillo.

PABLO. Margarita le acompaña. ¡Margarita! ¡Mi hermana! Déjame solo con ella, ¡deseo tanto hablarla!

BREM. Pensad que vuestro secreto es el de vuestra madre.

PABLO. Tranquilízate. La hablaré únicamente del que la pertenece. (Váse Bremont.) ¡Pobre jóven! Ahora conozco que el interés que yo sentia cuando te ví ayer, era efecto de mi cariño de hermano...

ESCENA IV.

PABLO, MARGARITA y ROBERTO.

MARGAR. Está bien, Roberto; dejad aquí esas provisiones y esperadme en la puerta del parque... Caballero, disimulad, pensaba que estaria aquí Luis Bremont.

PABLO. En ese cuarto.

MARGAR. (Entrando.) Muchas gracias.

ESCENA V.

PABLO solo.

PABLO. ¡Triste de mí! ¡Abandonado y solo! Cómo me contendré para no estrecharla entre mis brazos, para no decirla «Margarita, ninguna mujer me ha tenido amor, concédeme tú el tuyo de hermana, hijo soy de tu misma madre.»—¡Oh! Madre mia, al privarme de vuestro cariño, me habeis privado de la ternura de este angel. El cielo os conceda en la otra vida, la felicidad que á vos y á nosotros todos nos habeis quitado en este mundo.

ESCENA VI.

MARGARITA y PABLO.

MARGAR. Quedad con Dios, Bremont. (Desde la puerta que divide los dos aposentos.) He querido venir yo mis-

ma, porque quién sabe cuándo volveré á veros ahora. (Se dirige á la puerta del fondo.)

PABLO. Margarita. (Margarita se vuelve como admirada, pero sigue dirigiéndose á la puerta.) Margarita; ¿no me oís?

MARGAR. Caballero, aunque es cierto que habeis pronunciado mi nombre, como no os conocia no podia figurarme que...

PABLO. Pero yo os conozco y sé que sois desventurada; sé que no hay un corazon que quiera tomar parte en vuestros males, ni una mano que os preste su apoyo.

MARGAR. Olvidais, señor, que hay un Dios en los cielos.

PABLO. Lejos de eso, yo me creo su mensajero... Margarita, si yo os repitiese que soy vuestro amigo, vuestro amigo más sincero, ¿qué diríais entonces?

MARGAR. Os preguntaria qué pruebas podeis darme de esa amistad fiel y desinteresada.

PABLO. Una.

MARGAR. ¿Y cuál?

PABLO. Irrecusable.

MARGAR. ¡Oh! Entonces... (Con esperanza.)

PABLO. Llevais en el brazo izquierdo un brazalete.

MARGAR. ¿Qué decís?

PABLO. El cual se cierra con una cadenita, cuya llave guardais oculta en una sortija.

MARGAR ¡Dios mio!

PABLO. Y existe un hombre á quien habeis jurado en una noche de desesperacion y despedida, que hasta tanto que no os fuese entregada esa sortija...

MARGAR. ¿Seria suya ó de nadie?

PABLO. ¿Reconoceis este anillo?

MARGAR. ¡Cielos...! ¿Ha muerto?

PABLO. Vive y os ama.

MARGAR. ¿Entonces cómo se halla en vuestro poder esta sortija?

PABLO. Desterrado, proscripto, ha creido que por delicadeza al menos, debia dejaros la libertad de que dispusiérais de vuestro corazon.

MARGAR. Pero yo no puedo recibir esa sortija; él lo sabia y sin duda espera que se la volvais.

PABLO. Sois un angel, Margarita.

MARGAR. Decidme, ¿le habeis visto?

PABLO. Fuí comisionado para conducirle á Cayenne. Durante la travesía me lo contó todo; y cuando ví que se me habia hecho servir de agente de la venganza y no de la justicia, me juzgué predestinado para constituirme juez de los jueces. Lusiñan está desterrado, pero libre, y se halla en Nueva York esperando los resultados del influjo de sus amigos en la corte.

MARGAR. ¿Y esperais obtener su perdon?

PABLO. Aun más le tengo ya conseguido.

MARGAR. Entonces dejadme abrazar vuestras rodillas.

PABLO. Venid á mis brazos, Margarita; si tuviese una hermana pediria al cielo, que se os pareciese en todo.

MARGAR. Tendríais una hermana bien desgraciada.

PABLO. ¡Es posible!

MARGAR. ¡Oh! Vos no sabeis cuánta es mi desgracia.

PABLO. Confiadme vuestras penas.

MARGAR. El Baron de Latour llegará de un momento á otro.

PABLO. Lo sé.

MARGAR. Esta noche se firmará el contrato.

PABLO. ¿Y le firmareis?

MARGAR. Me obligarán á ello.

PABLO. ¿No os sentís con fuerza para resistiros?

MARGAR. Me siento con valor para morir.

PABLO. ¡Pobre jóven!

MARGAR. ¿A quién quereis que me dirija? ¿A quién imploraré? ¿A mi hermano? Sabe Dios que le perdono, pero no comprende mi alma. ¿A mi madre? ¡Ah! ¡No la conoceis vos! Su virtud es austera, su voluntad invariable; y cuando una vez dice «yo lo mando,» inútiles son las súplicas y las lágrimas. Mi padre está demente, ha perdido el juicio, y con él todos los sentimientos de

padre. Hace diez años que no le he visto, diez años que no estrecho sus trémulas manos. Ni aun él mismo sabe si tiene un alma, si tiene una hija. No me conoceria, no, y si por ventura llegase á tener compasion de mí, mi madre le pondria la pluma entre los dedos diciéndole «firmad, yo lo mando,» y el pobre anciano firmaria la sentencia de muerte de Margarita.

PABLO. No desespereis aun; yo me hallaré presente al formalizar el contrato.

MARGAR. ¿Y quién os dará entrada en el castillo?

PABLO. Tengo un medio de qué valerme.

MARGAR. Reparad que mi hermano es valiente, arrojado, su ambicion le presenta un porvenir si se realiza mi enlace.

PABLO. Vuestro hermano me es tan sagrado como vos misma. Nada temais. ¿Pero qué pensais decir á Latour?

MARGAR. Le pediré una entrevista.

PABLO. ¿Para qué?

MARGAR. Para declarárselo todo.

PABLO. Bien; buscad una ocasion de hacerme saber el resultado de esa entrevista. Hasta entonces, adios.

MARGAR. Adios, hombre bondadoso, á quien no sé que nombre dar.

PABLO. Llamadme hermano.

MARGAR. Pues bien. Adios, hermano mio.

PABLO. Adios, querida hermana; tú eres la primera que me ha dado tan dulce nombre. Dios te lo recompense, hermana mia. (Váse Margarita y Pablo llama.) Bremont. (Sale Bremont.) Ahora date priesa y condúceme á la tumba de mi padre.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primer acto; las bugías de los candelabros colocados encima de la chimenea estarán encendidas.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE MARENCEY y EL BARON DE LATOUR.

MARENC. Permitid, querido Baron, que os haga los debidos honores á vuestra entrada en el feudal castillo de mis antepasados; su arquitectura remonta hasta los tiempos del buen rey Felipe Augusto, y en cuanto á muebles y adornos recuerdan, segun veis, el reinado de Enrique IV.

LATOUR. Es por mi fé una soberbia fortaleza, que esparce á tres leguas á la redonda un olor de baronía, capaz de embalsamar á un proveedor. Os ruego que me presteis esta alhaja si alguna vez se me ocurren antojos de rebelarme contra S. M. Pero no habeis de excluir la guarnicion. (Señalando á los cuadros.)

MARENC. Treinta y tres cuarteles, nada menos; la familia trae su orígen de un caballero apellidado Hugo de Auray que acompaño á Luis VII en las cruzadas; desciende en seguida á mi tia Debora, reverendísima señora, que estais viendo ahí vestida de pastorcilla inocente, con su cayado en la mano, un nido de pájaros-moscas en la cabeza y un falderillo encima de las rodillas; por último esta ilustre progenie va sucediéndose sin interrupcion de varon en varon, hasta el

último miembro de ella, Manuel de Auray. vuestro muy humilde y afectuosísimo siervo.

LATOUR. Hombre respetable.

MARENC. Pero que no se siente con ánimo bastante para pasar tan patriarcal vida con semejante compañía; por lo cual espero que ya habreis buscado medio de sacarme de esta huronera, ¿no es verdad, Baron?

LATOUR. Pensaba haberos traido yo mismo el despacho de coronel de dragones de la reina; tuve noticia de su vacante, y ya habia dado algunos pasos para solicitarla, cuando supe que habia sido provista á peticion de no sé que almirante misterioso, pirata ó corsario, que S. M. tiene en grande aprecio, porque ha derrotado á los ingleses en White-Haven, despues de haber tomado el fuerte por asalto y haberles apresado un buque en las costas de Irlanda. El rey le ha concedido por esas dos proezas la condecoracion de la órden del mérito militar, y le ha regalado una espada con la guarnicion de oro; ni más ni menos que pudiera haber hecho con un noble. En fin, ese ya es negocio imposible; veremos si se presenta alguna cosa mejor.

MARENC. ¿Y la cruz?

LATOUR. ¡Oh! Es diferente; las cruces andan por el suelo; no hay más que pedirlas, y Mr. de Vaudreil me ha dado su palabra de que la tendreis sin necesidad de pretenderla.

MARENC. Eso es lo esencial, porque en cuanto al arma me es indiferente; lo que yo quiero es un grado que venga bien con mi nombre.

LATOUR. Así me gusta.

MARENC. ¿Y cómo habeis salido de vuestros compromisos?

LATOUR. Diciendo la verdad; he dado parte á todo el mundo de que me casaba.

MARENC. Valor ha sido; sobre todo si habeis dicho que ibais á buscar mujer en lo más recóndito de la Bretaña.

LATOUR. Nuestras nobilísimas señoras de la corte creen que el sol sale en Paris y se pone en Versalles; lo demás de la Francia es para ellas la Laponia ó la Groelandia; de suerte que están figurándose que la mujer que voy á llevar de aquí será algun ser viviente de especie desconocida, con piés y manos monstruosos... Pero se engañan de medio á medio; ¿no es verdad, Marencey? Si no recuerdo mal me habeis dicho todo lo contrario de vuestra hermana...

MARENC. Vos mismo juzgareis en breve, pues vais á verla...

LATOUR. Qué chasco se llevarán todas ellas; sobre todo la pobre madama de Chaulnes... (Volviéndose.) ¿Quién viene?

JAZMIN. (Al Baron.) La señorita Margarita de Auray desea poder decir dos palabras en secreto al Baron de Latour.

LATOUR. ¿A mí? Con mucho gusto.

MARENC. Sin duda venís equivocado, Jazmin; eso no puede ser.

JAZMIN. Puedo asegurar al señor Conde que es esa exactamente la órden que he recibido.

MARENC. ¡Qué ridiculez! Baron, no hagais caso de esa impertinencia.

LATOUR. ¿Y por qué? ¿Venís echándola ahora de hermano del tiempo del rey Luis onceno?—Jazmin, decid á la hermosa Margarita que estoy á sus piés ó á sus órdenes, como ella guste. Y vos, Conde, espero que no os opondreis á que vea y hable á vuestra hermana. Yo, por desgracia, no soy príncipe ni infante, para casarme por retrato ó embajada; deseo ver á la que en breve será mi esposa... A menos que tenga alguna deformidad y querais ocultármelo.

MARENC ¡Eh! Nada de eso. Cuando os digo que es linda como un ángel.

LATEUR. Pues entonces, ¿qué os detiene...? Dejadnos... Y vos, Jazmin, pasad recado. (Váse el Conde.)

ESCENA II.

EL BARON DE LATOUR y MARGARITA.

LATOUR. Os pido me disimuleis, señorita, por no haber solicitado el favor que vos os dignais concederme; pero el temor de parecer indiscreto...

MARGAR. Agradezco sobre manera vuestra delicadeza, señor Baron, y ella contribuye á acrecentar la confianza que tengo en vos.

LATOUR. Sea cual fuere esa confianza, creed que haré cuanto esté de mi parte por no desmerecerla. (Aparte.) No me engañaba el Conde; es un ángel.

MARGAR. Lo que tengo que deciros es de tal gravedad... que... perdonad... no me siento bien. (Flaquea y busca una silla para apoyarse.)

LATOUR. ¡Qué veo! ¿Luego tan grave es? ¿O será que tengo yo el semblante muy severo y no lo he echado de ver? (La coge una mano.) Hablad... ¡Oh! ¡Qué mano tan delicada!... El Conde decia bien... Esta mano es digna de un rey.

MARGAR. (Retirándola.) Baron, dejad galanterías á un lado.

LATOUR. No son sino verdades, señora.

MARGAR Aunque así fuesen, creo que no seria ese suficiente motivo para que vos apreciáseis en más la posesion de mi mano.

LATOUR. Permitid, señora, que os saque de ese error; sí lo seria.

MARGAR. ¿Luego vos no mirais el matrimonio como cosa grave?

LATOUR. Segun; si tratase de contraerle con alguna viuda de edad consistente, no diré que no lo mirase así...

MARGAR. En fin, señor Baron, decidme francamente, y perdonad mi curiosidad, si aspirais en este enlace á la reciprocidad de sentimientos.

LATOUR. Os hablaré con la franqueza que me pedís, Margarita... y en obsequio de ella debo deciros, que despues que os he visto, sobre todo, he perdido

la esperanza de ser digno de vuestro... ¿Cómo diré yo? De vuestro amor. Pero así mi nombre como mi posicion en la sociedad, me hacen digno de vuestra mano si no de vuestro corazon.

MARGAR. ¿Y cómo puede separarse lo uno de lo otro?

LATOUR. Muy fácilmente... Las dos terceras partes de los casamientos se hacen así .. El hombre se casa por tener mujer: la mujer por tener marido: es una especie de arreglo, un convenio social. ¿Qué tienen que ver con esto el amor ni las pasiones?

MARGAR. ¿Qué oigo? ¿Y si yo, despues de haber interrogado á mi corazon, sintiese la inposibilidad de amar á otro hombre que no fuese el mismo á quien hubiese jurado un amor eterno?

LATOUR. Harias muy mal en decírmelo.

MARGAR. ¿Por qué?

LATOUR. Porque... Porque... No deben decírsele tales cosas á uno que va á ser vuestro marido... Seria llevar al estremo la candidez...

MARGAR. Y si no os lo dijese por candidez; si os lo confesase por delicadeza, ¿qué diríais entonces?.. ¿Si os añadiese, además, y ojalá recaiga la mengua de esta declaracion sobre los que me obligan á hacerla, que he amado á un hombre con delirio, y que le amo aun?

LATOUR. Miraria ese amor como debia mirarlo: veria en él una pasioncilla de los primeros años, inspirada por algun primo de la familia, que seria cadete ó seminarista cuando vos estábais de colegiala en el convento.

MARGAR. Desgraciadamente no acabo de salir ahora del convento, señor Baron, y aunque jóven todavía, há ya tiempo que pasó para mí la época de los juegos y de los afectos infantiles. Cuando yo hablo á un hombre que me hace el honor de solicitar mi mano, del amor que me ha inspirado otro hombre, debe figurarse que le hablo de un amor profundo, verdadero, eterno; de un amor que ha dejado rastros terribles en mi corazon,

y cuyo recuerdo no acabará más que con mi vida.

LATOUR. Siendo así os repetiré lo que no hace un momento os decia.—Un marido no debe saber tales cosas.—Cuando llegó á vuestra noticia que solicitaba vuestra mano sin conoceros, debísteis adivinar que no era el amor el móvil que á unirme á vos me guiaba, y estraño mucho por cierto, que hayais escogido para hacerme esta declaracion, un momento en que ni vos ni yo podemos retroceder... Hay obligaciones muy sérias de ambas partes, para pensar en deshacer esta boda... Vuestro hermano me ha dado palabra de que sereis mi esposa, y lo sereis...

MARGAR. ¡Oh! ¡Cuán desgraciada soy! (Se deja caer sobre una silla y se oculta el rostro con las manos.)

LATOUR. (Llamando.) ¿Conde? ¿Conde? (Sale Marencey.)

ESCENA III.

MARENCEY, LATOUR y MARGARITA.

LATOUR. Amigo Marencey, vuestra hermana se siente indispuesta: tened cuidado, porque estas enfermedades nerviosas suelen hacerse crónicas, y es de temer una desgracia. Madama de Meulan murió de una cosa parecida. Tomad, ahí teneis un frasquillo de olor; hacédselo aspirar. (Váse por el foro.)

ESCENA IV.

MARENCEY y MARGARITA.

MARENC. ¡Margarita!... ¡Margarita!... ¿Pero qué es esto?... ¿Por qué lloras? Vamos serénate; ya han venido algunas personas, y el escribano llegará muy en breve. Nuestro padre bajará tambien.

MARGAR. ¡Mi padre! ¿Estás seguro de que vendrá?

MARENC. Es indispensable... para fimar los contratos.

MARGAR. Dices bien. Dios mio, él es mi sola y última esperanza; dadme valor hasta que le vea. (Váse por la izquierda.)

MARENC. Pobre hermana mia, más te valdria pedirle que nos le volviese á su cabal juicio. ¡Hola! Aquí viene el Baron con ese original de Mr. de Nozay.

ESCENA V.

NOZAY, LATOUR y MARENCEY.

LATOUR. Pues sabeis que es un modo de cazar muy nuevo y elegante; yo tambien tengo estanques, lagunas y patos; he de preguntar á mi mayordomo, hácia qué parte están. Marencey, aquí teneis á este caballero, que me viene contando una cosa muy curiosa... ¿Y cogeis muchos patos de ese modo?

NOZAY. Innumerables.

LATOUR. Figuraos que el señor se mete en el agua hasta el pescuezo... ¿por qué tiempo?...

NOZAY. Por los meses de Diciembre ó Enero vendrá á ser.

LATOUR. Se planta en la cabeza una calabaza y se esconde entre los juncos; de este modo se desfigura tanto, que los patos no le conocen y se ponen á tiro: ¿no es esto?

NOZAY. Como de aquí á donde vos estais.

LATOUR. Y así mata cuantos quiere.

NOZAY. A docenas.

LATOUR. Pues eso será de sumo gusto para vuestra mujer, si es aficionada á los gansos.

NOZAY. Se vuelve loca por ellos.

LATOUR. Debe de ser una jóven seductora...

NOZAY. (Saludándole.) Caballero...

LATOUR. Os aseguro que la primera cosa que he de hacer en volviendo á Versalles, es contar al rey esta

nueva moda de cazar gansos por parte de mañana, y estoy seguro que S. M. mandará hacer la pruba en el estanque grande de los Suizos.

MARENC. (En voz baja.) Baron, tened compasion de estos pobrecillos provinciales... Son personas que no puede uno menos de recibir en solemnidades como esta.

LATOUR. ¿Cómo se entiende? Y hubiérais hecho muy mal en privarme de su vista; los considero á todos ellos como parte integrante del dote de mi futura esposa, y sentiría en el alma que me hubiéseis hecho esa usurpacion.

ROBERT. (Anunciando.) ¡Mr. de la Jarry!

LATOUR. (A Nozay.) ¿Algun compañero de caza; eh?

NOZAY. No, es viajero.

ESCENA VI.

Dichos JARRI, con una levita forrada de pieles.

MARENC. Dios guarde al caballero de la Jarry... ¡Qué abrigado venis, amigo mio! ¡Pareceis el czar Pedro el Grande!

NOZAY. Es que... como hace poco que acaba de llegar de Nápoles...

LATOUR. ¡Ah! ¿Con que el señor viene de Nápoles?

JARRY. Camino recto: y no sé por qué se me figura ahora que hace mucho frio en Bretaña.

NOZAY. ¿Habreis visto el Vesubio?

JARRY. Así... de lejos. Pero no es eso lo más curioso que tiene Nápoles... todo ello se reduce á una montaña que echa humo... ni más ni menos que una chimenea... Y como mi mujer tenia mucho miedo á las irrupcciones...

LATOUR. ¿Habreis estado en la gruta del perro?

JARRY. ¿Para qué? Para ver á un animal atacado de convulsiones... tiene uno más que mirarlos cuando los envenenan públicamente por las calles... Además, que mi mujer tiene una pasion decidi-

da por los perros y la hubiera dado mucha lástima.

MARENC. ¿Pero un sabio como vos no habrá dejado de admirar la Solfatara?

JARRY. Ni he puesto allí los piés siquiera. Me figuro lo que será: tres ó cuatro estadios de azufre, que no producen más que pajuelas, y mi mujer no puede aguantar el olor del azufre.

MARENC. (Bájo á Latour.) ¿Qué os parece este?

LATOUR. (Idem.) No sé si será porque le he visto despues, pero prefiero al otro.

ROBERT. (Anunciando.) Mr. Pablo Jones.

MARENC. (Volviendo.) ¿Cómo?

LATOUR. ¿Otro propietario de las cercanías?

MARENC. No; este es diferente.—¡Cómo se atreve á presentarse aquí ese hombre!

LATOUR. ¿Algun plebeyo entonado sin duda?—Poeta, pintor, músico, ó cosa equivalente; ¿no es esto? No puedo sufrir esa clase de entes que en el dia empiezan á ser admitidos en todas partes: la maldita escuela filosófica acabará por confundir todas las clases. Un artista, en el dia, se sienta con el mayor desenfado al lado de un noble; le codea, le saluda amistosamente, le quita la silla cuando se levanta, y si á mano viene habla y se chancea con él sobre asuntos de la córte. ¡Oh! Es moda de muy mal gusto, pero que está muy en boga.

MARENC. Os engañais, Latour: ese hombre no es ni poeta, ni pintor, ni músico; es un hombre con quien quiero habérmelas á solas. (Cogiendo del brazo á Jarry.) Si me haceis el gusto de entrar un momento en este gabinete, tendreis ocasion de ver en él varias aguadas de las islas de Ischia, Capri y Nisida.

JARRY. ¡Ah! Sí, las he visto muchas veces desde los balcones de la fonda donde estaba alojado; pero no he ido á ellas nunca, porque mi mujer tenia mucho miedo de marearse.

LATOUR. (Cogiéndo del brazo á Nozay.) ¿Con que, segun decís, el mejor modo de desfigurarse es taparse la cabeza con una calabaza?

NOZAY. Sin disputa; pero es necesario tener cuidado de hacerla unos agujeros para los ojos y la boca. (Vanse los cuatro por la derecha. Abrese la puerta del foro y aparece Pablo.)

ESCENA VII.

PABLO en el foro; MARGARITA abriendo con precaucion la puerta de la biblioteca.

PABLO. (Dirigiéndose hácia ella rápidamente.) Os buscaba ¿Cual ha sido el resultado?

MARGAR. Acabo de decírselo todo.

PABLO. ¿Y...?

MARGAR Y sin embargo, dentro de diez minutos se firmará el contrato.

PABLO. Bien me lo temia yo. ¡Es un miserable...!

MARGAR. ¿Que he de hacer ahora?

PABLO. Tener valor y resistiros, Margarita.

MARGAR. ¡Valor!... ¡Ah! Bastante he tenido hasta aquí... ¡Quiera Dios no me abandone!

PABLO. Silencio. Alguien viene: si no podeis conseguir nada y necesitais de mí, haced que me busquen en casa de Bremont.

MARGAR. Bien. (Entrase en la biblioteca.)

ESCENA VIII.

MARENCEY y PABLO.

MARENC. (Volviendo á salir por la derecha.) Caballero, os aguardaba á otra hora muy distinta y delante de más escasos testigos.

PABLO. Pues segun veo, estamos solos.

MARENC. Sí, pero dentro de cinco minutos se llenará de gente este salon.

PABLO. Un instante basta para decir muchas cosas y sendas claridades, señor Conde.

MARENC. Teneis razon; pero es preciso dar con un hombre que no necesite más que ese instante para entenderlas.

PABLO. Si por mí lo decís, ya os escucho. (Latour sale por la puerta de la derecha y se encamina hácia el foro, desde donde escucha, sin ser visto por Marencey ni Pablo.)

MARENC. Esta mañana me hablásteis de unas cartas.

PABLO. Verdad es.

MARENC. Pusísteis precio á esas cartas.

PABLO. Tambien es verdad.

MARENC. Bien. ¿Estais pronto á darme las tales cartas por el precio que digísteis?

PABLO. Conde de Marencey, dilatad hasta mañana la firma de ese contrato, tened conmigo una entrevista esta noche, y entonces...

MARENC. La hora fijada para firmar el contrato no puede variarse; y en cuanto á la entrevista, es inútil, pues nos estamos viendo y hablando en este momento... Responded terminantemente; ¿estais pronto á cederme esas cartas?

PABLO. Escuchad primero...

MARENC. ¿Sí, ó no?

PABLO. Dos palabras.

MARENC. ¿Sí, ó no?

PABLO. (Con frialdad.) No.

MARENC. ¿Señor mio, á qué hora tendreis mañana la bondad de veniros á dar un paseo conmigo?

PABLO. Siento en el alma no poder aceptar la oferta señor Conde.

MARENC. ¿Es que sin duda no habeis entendido bien...?

PABLO. Al contrario; perfectamente.

MARENC. Que este paseo no tiene otro fin más...

PABLO. Que un desafío.

MARENC. ¿Y no le aceptais?

PABLO. Yo no puedo batirme con vos, Conde Marencey.

MARENC. ¿No podeis batiros conmigo?

PABLO. Os lo juro por mi honor.

MARENC. ¿Que no podeis batiros conmigo, decís? (Latour suelta una carcajada.)

PABLO. (Volviéndose) No; pero puedo batirme con el señor que es un vil y un infame.

MARENC. ¿Qué significa...?

PABLO. (Á Latour.) Lo habeis oido, ¿es verdad?

LATOUR. (Con indiferencia.) Sí por cierto; y siento hayais olvidado que hay hombres á quienes no se necesita insultar para hacerlos que admitan un desafío.

PABLO. Está bien; no olvideis vos tampoco que quedan á vuestra eleccion el sitio, las armas y la hora.

LATOUR. El Conde arreglará todas esas cosas con vuestro padrino, porque á mí no me competen de modo alguno.

MARENC. Y en cuanto á nosotros dos, tened entendido, que no porque se atrase nuestra entrevista, desisto de que se lleve á efecto.

PABLO. Silencio. Viene gente.

MARENC ¿Y os quedais?

PABLO Me quedo.

MARENC. ¿Aquí?

PABLO. Aquí ó en esta biblioteca, si os parece mejor. (Entrase en la biblioteca.)

MARENC. ¿Jazmin? (Sale Jazmin.) Dejad pasar.

ESCENA IX.

DICHOS á la izquierda; JARRI, NOZAY y UN ESCRIBANO a la derecha. Este traerá el contrato y le dejará sobre una mesa. Varios nobles convidados.

ROBERT. (Anunciando.) La señora Marquesa de Auray.

MARQ. (Que viene por el foro.) Señores, os estoy muy agradecida por el honor que me dispensais, favoreciendo con vuestra presencia los desposorios de mi hija con el Baron de Latour. Sabedora de vuestra venida, he rogado al Marqués que asistiese á esta reunion, á pesar de su grave enfer-

medad, y os diese las gracias con su presencia á lo menos, ya que no pueda hacerlo de otro modo. No ignorais el estado en que se halla, y por lo tanto no os estrañará si alguna vez dijese palabras que sorprendan y á las que no puede darse crédito alguno.

LATOUR. Si señora, sabemos su desgracia y admiramos á la heróica mujer que desde hace veinte años le ayuda á sobrellevarla.

MARENC. (Acercándose á su madre con respeto.) Ya lo veis, madre mia; todo el mundo ensalza vuestra noble resignacion.

MARQ. (En voz baja.) ¿Dónde está Margarita?

MARENC. (Idem.) Aquí se hallaba no hace un instante.

MARQ. Mandad que la avisen.

ROBERT. (Anunciando.) El Marqués de Auray.

ESCENA X.

DICHOS y EL MARQUÉS DE AURAY en traje de córte y condecorado con la cruz de San Luis. Viene sostenido por dos criados; al llegar al dintel de la puerta se detiene, y mira con asombro y con ojos desencajados á los que le rodean; en seguida se acerca paso á paso y se sienta en un sillon colocado en medio del salon al lado de la mesa, dando un suspiro y dejando caer la cabeza sobre el pecho.—Váse Marencey.

ESCRIB. Procederé, si os parece á la lectura del contrato.

MARQ. Es inútil, pues las partes interesadas conocen de antemano las condiciones; Señor Notario, id dando la pluma. (Nozay y Jarry firman como testigos; el primero pasa á la izquierda despues de haber firmado, y el otro vuelve á ocupar su sitio.)

MARENC. (Trayendo de la mano á Margarita.) Tengo el honor de presentar á mi hermana.

MARGAR. (Despues de haber saludado, dirigiéndose á su madre.) ¡Señora!

MARQ. (Despues de mirarla con ademan severo.) A vos os toca, hijo mio. (Marencey firma.) Vos, señor Baron. (La-

tour firma, la entrega la pluma y va á colocarse al lado de Jarry. La Marquesa firma tambien.) Vos ahora, Margarita.

MARGAR. (Dando un paso.) ¡Señora!

MARQ. (Alargándola la pluma por cima de la cabeza del Marqués.) ¡Firmad!

MARGAR. (Se acerca vacilante y extiende la mano para cojer la pluma.) No, no, jamás. (Arrojándose á los piés del Marqués.) Padre, padre mio; tened compasion de mí.

MARQ. (Bajándose y en voz baja.) ¿Qué haceis? ¿Estais loca?

MARGAR. ¡Padre!

AURAY. ¿Quién me llama? (Levantando la cabeza.) ¿Qué voz es esta? ¿Qué haceis vos á mis piés, hija mia? ¿Qué quereis? ¿Qué pedís?

MARQ. ¡Margarita!

MARGAR. Señora, ya que no pueda dirigirme á vos, dejadme implorar á mi padre, á menos que no querais que invoque la ley. (Señalando al Escribano.)

MARQ. (Esforzándose para mostrarse risueña.) Vamos, es una escena de familia. Os pido que perdoneis, señores, porque estas cosas, muy patéticas para los parientes, son siempre desagradables para los extraños. Tened la bondad de pasar á los otros salones: hijo mio, hacedles los honores; vos, Baron, disimulad.

LATOUR. No hay por qué, señora. (Volviéndose hácia Jarry.) ¿Con qué decías que vuestra mujer tiene tanto miedo de marearse?

JARRY. Tanto que estuvo á la muerte cuando fuimos á ver Isla-Bella, y no está media legua de Paris. (Vánse todos.)

ESCENA XI.

EL MARQUÉS, MARGARITA y LA MARQUESA.

MARQ. (Aguarda á que hayan salido todos é inmediatamente cierra la puerta y viene á colocarse á la izquierda de Margarita.) Ahora que solo quedamos aquí los que podemos prescribiros órdenes, firmad ó alejaos.

MARGAR. ¡Oh! Por compasion, señora. (La Marquesa la coge por el brazo; ella se agarra á su padre.) ¡Padre mio! ¡Padre mio! ¡Perdon! ¡Piedad! No, no es justo que se diga que despues de diez años que no he visto á mi padre, me han arrancado de sus brazos sin que me haya reconocido, sin que me haya abrazado. ¡Padre mio! Soy yo: ¡soy vuestra hija!

AURAY. (Volviendo algo en sí) ¿Qué voz es esta que me llama, y que tan grata resuena en mi oido? ¿Quién es esta jóven que me llama padre?

MARQ. (Bajándose entre Margarita y el Marqués.) Es una voz que se resiste contra los derechos de la naturaleza, es una hija rebelde.

MARGAR. ¡Padre mio, miradme, defendedme! Soy Margarita.

AURAY. ¡Margarita! Yo tuve una hija de ese nombre.

MARGAR. Soy yo, soy yo.

MARQ. No se puede llamar hijo el que no obedece, obedeced y tendreis derecho á llamarnos padres.

MARGAR. ¡Oh! Pronta estoy á obedeceros á vos, padre mio, porque es imposible que vos me mandeis, ni querais que sea desgraciada. ¡Oh! ¡Y desgraciada para siempre!

AURAY. Ven, ven, acércate hija mia. (Estrechándola entre sus brazos.) ¡Oh! ¡Es una sensacion deliciosa...! Y ahora... ¡Ay! Ahora empiezo á recordarlo todo...

MARQ. ¡Marqués!

AURAY. (Levantando la cabeza.) Cuidado, señora, temblad; ¡no os he dicho que empezaba á recordarlo todo...! Habla, habla, hija mia, ¿qué tienes?

MARGAR. ¡Oh! ¡Soy muy desgraciada!

AURAY. Con que es decir, que todo el mundo es desgraciado aquí; así el de cabeza encanecida como el de rubios cabellos; así el anciano, como la jóven... ¡Ah! ¡Yo tambien, yo tambien, hija mia, soy muy desgraciado. (Dejando caer la cabeza sobre uno de los brazos del sillon.)

MARQ. Marqués, es preciso que os retireis á vuestro

cuarto... Voy á dar la órden... (Pasando á la derecha del Marqués.)

AURAY. Sí, para tenerme solo allí, ¿no es verdad? ¿Para encerrarme? Eso es bueno cuando estoy loco, señora.

MARGAR. Sí, padre mio, teneis razon; tiempo es ya de que os puedan ver y hablar vuestros hijos. Si os acomete de nuevo ese horribe mal, vuestra hija os asistirá, no se apartará de vos ni de dia ni de noche si se lo permitís.

AURAY. ¡Mi hija...! ¡Mi hija! ¿Y por qué si eres mi hija, no has venido á verme en diez años?

MARGAR. Porque siempre me han dicho que no queríais verme, que no me amábais.

AURAY. (Abrazándola la cabeza con las manos.) ¿Te han dicho que yo no queria verte, angel mio? ¡Te han dicho eso! ¿Te han dicho que un infeliz abandonado de Dios no queria ver el cielo? ¡Y quién es el que ha dicho que un padre se negaba á ver á su hija? ¿Quién se ha atrevido á decir á un hijo: ¡criatura, tu padre no te quiere!

MARQ. ¡Yo!

AURAY. ¡Vos...! ¡Luego os complaceis en ir destruyendo una á una mis ilusiones, mis afectos! ¡Luego todos mis sinsabores y desgracias han de dimanar de vos, y quereis ahogar en mi corazon el cariño de padre, como sofocásteis para siempre el amor de esposo! (Se levanta.)

MARQ. Marqués, estais delirando.

AURAY. No, no deliro. Estoy entre un angel que quiere volverme la razon y un demonio que excita mi locura... Pero, ahora no estoy loco, no... ¿Quereis que os lo pruebe? ¿Quereis que os lea vuestras cartas, adúltera...? ¿Quereis que os hable de sangre y desafíos?

MARQ. (Cogiéndole por el brazo.) Os digo que estais más abandonado que nunca de la mano de Dios, pues proferís esas palabras sin reparar en las personas que os escuchan. Bajad la vista, mi-

rad quién está ahí, y atreveos á decir despues que no estais loco.

AURAY. (Dejándose caer de nuevo sobre el sillon.) Es verdad. Tu madre tiene razon, hija mia, estoy loco, no des crédito á lo que digo, sino á lo que ella dice... ¡Ella! Que es la virtud, la resignacion misma, que no conoce los remordimientos, ni pasa noches de fiebre y de delirio. ¿Qué es lo que quiere tu madre?

MARGAR. Mi desgracia, padre mio, mi desgracia eterna.

AURAY. Y cómo podré yo impedir esa desgracia... Yo, pobre demente, que cree ver siempre brotar sangre de una herida, que cree oir siempre la voz que sale de una tumba.

MARGAR. ¡Oh! Vos lo podeis todo, decid una sola palabra... Escuchad... Quieren casarme con un hombre á quien no amo... ¿Lo ois...? Con un hombre vil y miserable .. ¡Y os han traido aquí, á vos, que sois mi padre, para firmar ese contrato...! Ahí le teneis, miradle sobre esa mesa.

AURAY. (Cogiendo el contrato.) ¡Sin consultarme! ¡Sin preguntarme si yo quiero...! Luego ya no soy para ellos más que un muerto, un espectro... ¿Y dices que este casamiento labrará tu desdicha?

MARGAR. Eterna.

AURAY. Pues no se efectuará.

MARQ. Marqués, he empeñado vuestra palabra y la mia.

AURAY. Y yo os digo que no se efectuará ese casamiento, (Se levanta.) porque un matrimonio en que la mujer no ama á su marido, es un enlace sacrílego y terrible... Porque vuelve loco... No creas que lo digo por mí, hija mia... La Marquesa me ha guardado siempre constancia y fidelidad... Yo estoy loco por otra cosa... Este contrato... (Quiere cogerle; la Marquesa se lo impide.) Lo que á mí me ha vuelto loco... es estar viendo siempre la losa de un sepulcro... mirar eternamente un espectro delante de mis ojos... es una

fantasma que se acerca á mí incesantemente y me habla... y me dice...

MARQ. (Repitiéndole al oido las palabras del moribundo Morlaix.) Soy dueño de vuestra vida... puedo quitárosla.

AURAY. ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

MARQ. (Idem.) ¡Pero quiero que vivais... para que me perdoneis como yo os perdono!

AURAY. (Dejándose caer en el sillon.) Piedad, Morlaix, piedad... ¡Ah!

MARGAR. ¡Padre!

MARQ. (Con tono de triunfo.) Ya veis que vuestro padre está demente.

MARGAR. ¡Padre mio!

MARQ. ¡Marqués!

AURAY. (Estremeciéndose.) ¡Ay de mí!

MARGAR. ¡Oh! Ya vuelve en sí.

MARQ. Marqués, tomad y firmad; yo os lo mando. (Le pone la mano encima del contrato y le coloca la pluma entre los dedos. El Marqués empieza á firmar.)

MARGAR. ¡Ah! Soy perdida. (Dejándose caer de rodillas.)

ESCENA XII.

DICHOS, PABLO que sale de pronto de la biblioteca; poco despues MARENCEY y LATOUR.

PABLO. Marquesa de Auray.

MARQ. ¿Quién me llama? (Margarita se levanta.)

LATOUR y MARENCEY (Saliendo por el foro y dirigiéndose á Pablo.) ¡Caballero!

PABLO. (Amenazándoles.) ¡Atrás todos...!

LATOUR. Me dareis una satisfaccion...

PABLO. Por sabido se calla... Marquesa de Auray, es necesario que yo os hable á solas en este instante.

MARQ. (Retrocediendo á la derecha y mirándole llena de terror.) ¿Sois espectro?

AURAY. (Levantándose estremecido.) ¿Qué voz es esta? (Viendo á Pablo.) Yo conozco á ese hombre... (Encaminándose.) ¡Ah...! ¡Morlaix...! ¡Morlaix...! (Perdiendo

la razon completamente, y repitiendo las últimas palabras de Morlaix.) Soy dueño de vuestra vida, Marqués: puedo quitárosla; pero quiero que vivais para que me perdoneis como yo os perdono... (Cae desfallecido, Marencey se acerca y le sostiene.)

MARGAR. (Precipitándose sobre su padre.) ¡Padre mio!

ROBERT. (Entra corriendo por la izquierda y se dirige á la Marquesa.) ¡Señora, señora! Bremont ha mandado llamar al médico y al confesor del castillo; está espirando.

MARQ. (Mirando á Pablo llena de terror y señalando al Marqués.) Responded que el Marqués los necesita en este momento.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Casa de Luis Bremont.—El teatro representa dos habitaciones separadas por un tabique; en el fondo de la primera, que corresponde á la izquierda del actor, está la puerta de entrada, y se verá en primer término una ventana cubierta por una cortina grande. A la mitad del tabique se halla la puerta que comunica con la segunda habitacion. En esta habrá hácia el fondo y á la derecha, una cama con colgadura verde y un crucifijo de marfil en la pared que mira al espectador. A la cabecera de la cama una mesa con una lámpara encendida, y una Biblia sobre un atril. Al mismo lado una ventana y un sillon, y á la izquierda de la puerta de comunicacion un armario.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BREMONT sentado en el sillon y ROBERTO á su lado.

ROBERT. ¿Necesitais alguna otra cosa, señor Bremont?

BREM. Nada.

ROBERT. ¿No quereis que venga alguno á acompañaros?

BREM. Un sacerdote.

ROBERT. Pero ya sabeis que en dos leguas á la redonda no se encuentra ninguno más que el del castillo.

BREM. Pues entonces os agradezco la buena voluntad; nada me hace falta.

ROBERT. Hasta la vista, señor Bremont.

BREM. Adios. (Váse Roberto.)

ESCENA II.

BREMONT solo.

BREM. El sacerdote y el médico están ocupados al lado del Marqués. Con que nos llama Dios en el mismo dia para pedirnos la misma cuenta! ¡Justicia divina...! ¡Pero cabe en la justicia humana abandonarme en la agonía, sin auxilio, sin consuelos! ¿No podríamos partir señor Marqués...? Vos, que temeis la muerte haríais bien en quedaros con el médico, y á mí, que estoy cansado de la vida, me hace falta el sacerdote... Sí; el sacerdote escucharia mi confesion, recibiria mis papeles, y la Marquesa... Ella es sin duda, la que me hace morir solo y desesperado como he vivido... ¡Oh! ¡Cuánta tranquilidad pueden prestar al corazon en estas últimas horas algunas pocas palabras de consuelo... ¡Me seria tan fácil pasar de esta vida á la otra si resonara en mi oido una voz caritativa...! (Mirando al cielo) Dios lo ha dispuesto de otro modo. Hágase la voluntad de Dios.

ESCENA III.

BREMONT y PABLO; entrando aceleradamente hasta llegar al lado de Bremont.

PABLO. ¡Padre mio!

BREM. ¡Pablo! ¿Eres tú...? Ya no esperaba volverte á ver.

PABLO. Hubiérais podido imaginar que en cuanto llegase á mi noticia...

BREM. Pero ni sabia dónde estabas, ni cómo avisarte.

PABLO. Estaba en el castillo, lo supe todo, y vine al instante... Pero os encuentro solo, sin auxilios...

BREM. Me han negado un médico, me han negado un sacerdote...

PABLO. Yo montaré á caballo, y antes de una hora...

BREM. ¡Una hora! Ya no seria tiempo, y luego el médico es inútil, lo conozco; el sacerdote solamente...

PABLO. Padre mio, yo no me creo suficiente para reemplazarle en su sagrado ministerio; pero aquí juntos hablaremos de Dios, de su grandeza, de su bondad...

BREM. Sí; mas antes concluyamos con los asuntos de la tierra para dedicarnos exclusivamente á los del cielo... ¿Dicen que el Marqués se muere...?

PABLO. Lo dicen.

BREM. Ya sabes que en cuanto muera te pertenecen los papeles que están en ese armario.

PABLO. Lo sé.

BREM. Si muero antes que él y sin haber podido confiar á un sacerdote mi último encargo, (Sacando una llave de debajo de la almohada de la cama.) tomarás esta llave, que sirve para abrir aquel armario, dentro verás una cartera... Tú eres hombre de honor, Pablo... Júrame que no abrirás la cartera antes que el Marqués haya muerto.

PABLO. Lo juro por mi honor.

BREM. Bien está; ahora moriré tranquilo...

PABLO. Si puede tranquilizaros que el hijo os da la mano en este mundo, y el padre os la tiende desde el otro...

BREM. ¿Te parece que puede estar satisfecho de mi felicidad?

PABLO. Jamás hubo rey tan exactamente obedecido durante su vida, como él despues de su muerte.

BREM. Demasiado fiel he sido siempre en cumplir sus mandatos... Yo no debí consentir aquel duelo; hice mal, muy mal en servirles de testigo... Escucha, Pablo, este es el peso que agobia mi conciencia, y del que yo esperaba me librase la mano de un sacerdote... Escucha, hay momen-

tos en que llego á dudar, en que me parece que aquel duelo solitario pudiera equivocarse con un asesinato... Y entonces, ya ves tú, no habré sido testigo sino cómplice...

PABLO. Padre mio, yo no sé si las leyes de la tierra están siempre muy conformes con las del cielo, ni si el honor, que llaman los hombres, es la virtud para Dios. Ignoro tambien si nuestra Iglesia, que aborrece la venganza y la efusion de sangre, permite que el ofendido trate de vengarse con sus propias manos, y si en este caso el plomo de la pistola y la punta de la espada van siempre dirigidas por la mano del Señor. Cuestiones son estas que no debe decidir el entendimiento, sino la conciencia y el corazon. Pues bien, la conciencia me dice que yo en tu lugar hubiera hecho lo mismo que tú, y si este corazon mio me engañase lo mismo que á tí, ¿quién mejor que yo podria disipar tus dudas? Yo que represento á mi padre, y te perdono en su nombre.

BREM. Yo te agradezco, hijo mio, esas dulces palabras, bálsamo del corazon que calma los dolores del pobre moribundo. Porque un remordimiento es una cosa terrible... Mira... Un remordimiento inclina á dudar de Dios, porque dudando de Dios se duda del castigo.

PABLO. Yo tambien he dudado muchas veces; solo y perdido en el desierto del mundo, sin familia, sin apoyo, no me quedaba más que un amor y una esperanza; Dios. Pedia con ansia á todos los séres que alcanzaba mi vista una prueba de su existencia, y decia para mí: «si al ménos hallase la tumba de mi padre, ella me podria hablar.»

BREM. ¡Pobre jóven!

PABLO. Punzábame el deseo de conocer á Dios buscándole en sus obras, y así, me entregué todo á esa vida errante y misteriosa, cuyos secretos que-

darán para siempre ocultos entre el cielo, el mar y yo. Corrí ansioso á los desiertos de la América, figurándome que aquel suelo recien creado y vírgen todavía, se hallaba más cerca de su Creador. Errante allí por las interminables praderas y selvas, que por ventura ningun hombre habia saludado antes que yo, sin más abrigo que el cielo, ni más pensamiento que el de sentir y aprender, escuchaba embebecido los armoniosos rumores de la naturaleza adormecida, y del mundo que sacude su sueño... Y aun todavía no llegaba yo á comprender ese elocuente lenguaje, que forman reuniéndose. el murmullo de los rios, el vapor de los lagos, el susurro de las selvas y el aroma de las flores... Mas poco á poco se fué descorriendo el velo que cubria mis ojos y aliviando el peso que oprimia mi corazon. Los rumores de la tarde y la armonía de la aurora, fueron ya para mí un cántico universal, que en accion de gracias eleva á Dios la creacion. Dudoso aun, me lancé á los mares para pedirles el resto de conviccion que me negaba la tierra... La tierra es solamente el espacio, el Océano la inmensidad. El Océano es lo más ancho, lo más fuerte, lo más poderoso despues de Dios... Yo le he escuchado rugir como un leon irritado, y luego como obediente lebrel tenderse sumiso á los piés de su Señor.... Yo le he visto alzarse como rebelde gigante que pretende asaltar el cielo, y luego, azotado por la tempestad quejarse como un niño que llora. Tambien le he visto lanzar sus olas hasta cruzarse con las nubes enrojecidas, con el relámpago, como si fuesen á apagar el rayo con su espuma, y en seguida apaciguarse quedando limpio y terso como un espejo, en cuyo fondo se repiten los cielos con todas sus estrellas. En la tierra conocí la existencia, en el Océano aprendí el poder. En mi soledad habia llegado á per-

cibir la voz del Señor, pero le ví en persona como Ezequiel en medio de la tempestad. Desde entonces ya no cupo en mi corazon la duda; tuve la dicha de creer y el consuelo de rezar.

BREM. Dios mio, yo creo en vos y espero en vos.

PABLO. (Continuando.) Un sacerdote no os hubiera hablade este modo, padre mio. Perdonad á un marino que os habla en su lenguaje, y con voz más acostumbrada á palabras de muerte que á palabras de consuelo.

BREM. Tú me has hecho creer y rezar como tú; ¿qué más hubiera hecho un sacerdote...? (Va hácia su cama apoyándose en Pablo.) Lo que me has dicho es sublime; déjame pensar en ello... (Acostándose en la cama.) Cuando me sienta peor te avisaré.

PABLO. (Corriendo las cortinas.) Estad seguro que no me apartaré de aquí. (Se sienta en una silla á la cabeza de la cama y se queda un instante sumergido en sus meditaciones.)

MARGAR. (Desde fuera.) ¡Pablo!

PABLO. (Alzando de pronto la cabeza.) ¿Quién me llama?

MARGAR. (Cerca de la puerta de entrada.) ¡Pablo!

PABLO. (Corriendo á la puerta.) Es su voz... (Abre la puerta y encuentra á Margarita de rodillas con el cabello y el traje desordenados.) ¿Qué tienes, dí?

ESCENA IV.

PABLO y MARGARITA.

MARGAR. (Arrastrándose de rodillas.) ¡Favor! ¡Favor!

PABLO. ¿Qué temes? ¿Quién te persigue, y por qué vienes á esta hora?

MARGAR. A cualquiera hora, de noche ó de dia, hubiera seguido huyendo, mientras hallase tierra que me pudiera sostener: buscaba un corazon que llorase conmigo, y un brazo que me defendiese: necesitaba correr... ¡Pablo, Pablo! (Arrojándose á sus brazos.) Mi padre ha muerto.

PABLO. ¡Pobre niña; te escapas de una casa mortuoria y vienes á parar á otra! ¡Dejas la muerte en el castillo y la vuelves á encontrar en la cabaña!

MARGAR. Aquí por lo menos la muerte será tranquila, pero allí la angustia, la desesperacion... ¡Oh! ¡Pablo, si hubiérais visto lo que yo he tenido que ver!

PABLO. Dímelo.

MARGAR. Ya sabeis que vuestra presencia y vuestra voz causaron á mi padre una impresion terrible...

PABLO. Sí.

MARGAR. Perdió el conocimiento y le llevaron á su habitacion.

PABLO. Yo me dirigia á tu madre; no es culpa mia que él oyera mis palabras.

MARGAR. No pudiendo yo resistir mi inquietud, sin detenerme el riesgo de irritar á mi madre; corrí á verle. Estaba cerrada la puerta; llamé suavemente, y al punto percibí su débil voz preguntando quién estaba allí.

PABLO. ¿Y tú madre?

MARGAR. Mi madre se hallaba ausente y le habia encerrado al salir Pero en cuanto me conoció por la voz, y porque yo le respondí que era Margarita, que era su hija, me encargó que subiese por una escalera secreta que conducia á un gabinete de su habitacion. Un minuto despues ya estaba de rodillas delante de su lecho, y me estrechaba las manos y me daba su bendicion paternal. Yo creo, Pablo, que aquella bendicion debe atraerme la del cielo.

PABLO. En ese punto puedes estar tranquila; llora por tu padre, hija mia, pero no tienes motivo para llorar por tí, porque Dios te mira con cariño.

MARGAR. En aquel momento, cuando yo estaba de rodillas besando sus manos, sentí los pasos de mi madre que subia por la escalera. Conocí su voz, y mi padre la conoció tambien, porque me abra-

zó por última vez y me hizo seña de que huyese. Quise obedecerle, pero tenia tan trastornada la cabeza, que tomé una puerta por otra, y en vez de la escalera por donde habia subido, me encontré en un gabinete sin salida. Mi madre entró con un sacerdote, y en verdad os digo que estaba más pálida que el mismo moribundo.

PABLO. ¡Dios mio!

MARGAR. El sacerdote se sentó á la cabecera de la cama: mi madre permaneció en pié al otro lado. Y entretanto yo encerrada sin poder escaparme... ¡Pablo! ¡Qué situacion la mia!... ¡Una hija obligada á oir la confesion de su padre!... ¿Es cosa horrible, no es verdad?... Me puse de rodillas, cerrando los ojos para no ver, y rezando para no oir; y con todo, á pesar mio no pude menos de ver y de oir, y lo que pasó en aquellos terribles momentos, jamás se borrará de mi memoria. Oí pronunciar á mi padre las palabras *adulterio, duelo, asesinato*, y ví que mi madre se ponia cada vez más pálida, y que alzando la voz para cubrir la confesion del moribundo, decia, «no le creais, no le creais, padre mio; es un loco, un demente... No le creais...» ¡Pablo! era aquel un espectáculo horrendo, sacrílego, impío... Sentí que un sudor frio me bañaba la frente, y caí desvanecida.

PABLO. ¡Justicia del cielo!

MARGAR. Cuando volví en mí, la habitacion estaba silenciosa como una tumba; mi madre y el sacerdote habian desaparecido... Miré hácia la cama y creí ver entre las sábanas delineadas las formas de un cadáver... Adiviné que ya todo estaba concluido... Un terror invencible me lanzó fuera de la habitacion; bajé la escalera sin saber cómo, atravesé galerías, aposentos, y sintiendo al fin la frescura del aire, conocí que estaba en el campo... Seguí huyendo... Me acordaba que me habias prometido que os hallaria aquí, y

como por instinto corria hácia este lado. Se me figuraba ver por todas partes espectros horrorosos. Tan fuera de mí estaba, que al cruzar una senda creí ver á mi madre vestida de luto... Entonces empecé á gritar, y por un impulso desesperado seguí corriendo un instante, y vine á caer desfallecida delante de esta puerta... Si no la abrís tan pronto, no sé qué hubiera sido de mí, porque ciertamente era tal mi turbacion, que... ¡Silencio! (Aproximándose á Pablo.)

PABLO. Siento pasos.

MARGAR. (Ocultándose con la cortina de la ventana, y ocultando tambien á Pablo.) Mirad, mirad.

ESCENA V.

Los mismos, y LA MARQUESA.

(El teatro está á oscuras, la Marquesa entra con precaucion, cierra la puerta con llave, y sin ver á Margarita ni á Pablo, atraviesa la primera habitacion, entra en la segunda, y se detiene á los piés de la cama de Bremont.)

BREM. (Descorriendo una de las cortinas de la colgadura.) ¿Quién está ahí?

MARQ. (Descorriendo la otra.) Yo.

BREM. ¿Vos? ¿Y qué teneis que hacer á la cabecera de un moribundo?

MARQ. Vengo á proponerle un convenio.

BREM. Que perderá su alma, ¿no es verdad?

MARQ. Al contrario, vengo á salvarla. Oye, Bremont; lo único que necesitas en este mundo es un sacerdote.

BREM. Por eso me habeis negado el del castillo.

MARQ. Si tu quieres, antes de cinco minutos le tendrás aquí.

BREM. Bien está: haced que venga al instante.

MARQ. Pero si yo te doy la paz del cielo, tu me darás en cambio la paz de la tierra.

BREM. ¿Y qué exigís de mí?

MARQ. Tú necesitas un sacercerdote para morir; ya sabes lo que yo necesito para conservar mi vida.

BREM. ¿Y queríais que un perjurio me cerrase el cielo para siempre?

MARQ. Al contrario, quiero que te le abra un perdon.

BREM. Ya le tengo.

MARQ. ¿De quién?

BREM. Del único que tiene derecho para concedérmele.

MARQ. ¿Pues qué, Morlaix ha bajado del cielo?

BREM. No, pero su hijo vive aun.

MARQ. ¿Con que le has vuelto á ver?

BREM. Sí.

MARQ. ¿Y se lo has dicho todo?

BREM. Todo.

MARQ. ¿Y los papeles que acreditan su nacimiento?

BREM. El Marqués no habia muerto; los papeles están allí.

MARQ. (Arrodillándose.) Por el cielo, Bremont, compadéceme.

BREM. ¿Qué haceis, señora? ¿Vos arrodillada delante de mí?

MARQ. Sí, anciano, sí; yo me arrodillo á tus piés y te suplico llorando... porque en tus manos se halla ahora el honor de una de las familias más principales de Francia; mi vida pasada, mi porvenir: esos papeles son yo misma, son más que yo, porque son mi nombre y el de mis hijos. Ya sabes cuánto he sufrido para conservarle sin mancha; ¿te parece que no tengo tambien un corazon como las otras mujeres con sentimientos de amante, de esposa y de madre? Pues bien, todos los he sofocado uno tras otro, y la lucha ha sido tan cruel como larga, por que ha durado ya veinte años.

MARGAR. (En la otra habitacion.) ¡Qué está diciendo! ¡Dios mio!

PABLO. Escucha; el Señor ha permitido que todo se descubra.

BREM. ¿Dudais, señora, de la bondad de Dios? ¿Habeis olvidado que perdonó á la mujer adúltera?

MARQ. Pero tambien me acuerdo de que los hombres no la habian perdonado; no... porque iban á lapidarla cuando él llegó... ¡los hombres...! Cuando despues de veinte generaciones se han acostumbrado á respetar mi nombre, á honrar mi familia, acogerian ansiosos esta ocasion de tratarla con desprecio. ¡Ah! ¡Dios mio! (Se levanta.) Dios mio, he sufrido tanto que espero me perdonareis, lo espero; ¡oh! pero los hombres no perdonan. Además que no me expondría yo sola á sus injurias; conmigo padecerian mis hijos, porque el otro es el primogénito. Yo bien sé que es hijo mio como Marencey y Margarita, pero ¿me asiste algun derecho para darles ese hermano? Tú no ignoras que segun la ley es el primer hijo del Marqués de Auray, cabeza de la familia; no puedes olvidar que el título y las rentas le pertenecen por justicia humana. Si él llega á pedir justicia, ¿qué le queda á Marencey? ¡una cruz de Malta! ¿á Margarita? ¡un convento!

MARGAR. Sí, sí, madre mia, un convento, donde pueda rogar por vos.

PABLO. ¡Silencio!

BREM. ¡Oh! Vos no le conoceis señora.

MARQ. No, pero conozco á los hombres. Pudiendo adquirir un nombre que no tiene; riquezas que no posee, ¿te parece á tí que renunciaria á esas ventajas?

BREM. Rogadselo vos.

MARQ. ¿Y con qué derecho le pediria yo que me guardase consideraciones, que respetase los intereses de Marencey y Margarita? A esto me respondería él: Señora no os conozco, ni os he visto jamás, ni sé quién sois.

BREM. (Con voz débil.) En su nombre, Señora... en su nombre... me comprometo... os juro...

MARQ. (Inclinándose sobre él y observando los progresos de la muerte.) Te comprometes y juras... ¿piensas que

bajo tu palabra voy á arriesgar los años que pueden quedarme de vida, contra los pocos minutos que á tí te faltan para morir?... No lo creas... Te he suplicado y por última vez te lo suplico: dame esos papeles.

BREM. Los papeles son suyos.

MARQ. (Con fuerza.) Te repito que yo los necesito.

BREM. ¡Dios mio!

MARQ. Nadie puede venir: estamos solos... Me has dicho que esa llave nunca se separa de tí.

BREM. ¿Seríais capaz de arrancarla de las manos de un moribundo?

MARQ. (Con voz sorda y dejándose caer sobre el sillon.) No; aguardaré.

BREM. ¡Dejadme morir en paz, idos de aquí! (Tomando el crucifijo.) ¡En nombre de Jesucristo, idos de aquí! (Vuelve á caer y muere.)

MARQ. (Inclinándose ante el crucifijo.) ¡Oh! (Corre las cortinas de la cama.)

MARGAR. ¡Horror! ¡horror!

PABLO. ¡Arrodillaos, Margarita! (La Marquesa pasando la mano entre las cortinas, toma la llave que Bremont tenia entre las suya, se levanta y se dirige hácia el armario, mirándo á la cama con terror. Pablo se va acercando á ella, y cuando ve que aproxima la llave á la cerradura, la detiene el brazo cuya accion la deja inmóvil gritando.) ¡Ah!

PABLO. Dadme esa llave, madre mia, porque el Marqués ha muerto y los papeles me pertenecen.

MARQ. (Retrocediendo aterrada.) ¡Ah! (Se deja caer sobre el sillon.) ¡Justicia de Dios! ¡Es mi hijo!

MARGAR. (En la otra habitacion de rodillas levantando las manos al cielo.) ¡Bondad divina! ¡Es mi hermano!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La decoracion es la misma que en el tercer acto; están ardiendo y casi enteramente consumidas las bujías de los candelabros; la chimenea está encendida. Ala izquierda una mesa de despacho.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA sola con los codos apoyados en la mesa y la vista fija en el contrato donde Latour habia puesto su firma, y el Marqués la mitad de la suya; alarga la mano, toca una campanilla y se presenta un criado á la puerta.

MARQ. Decid á mi hija que la aguardo en el salon. (Váse el criado y la Marquesa vuelve á quedarse inmóvil en su posicion anterior.)

ESCENA II.

LA MARQUESA, poco despues ROBERTO y MARGARITA.

MARQ. (Sola.) ¡Qué noche!... Hay momentos de la vida en que se agolpan y atropellan los hombres y los sucesos, como si les faltasen tiempo y lugar donde existir... ¡Con que á pesar de todo, la lucha ha de continuar y la muerte ha dejado herederos de su secreto!... Mi hijo... este nombre que halaga el corazon de todas las madres, hiela y oprime el mio... No hay duda, es el único

medio. (Toca la campanilla y se presenta un criado.) El Conde Marencey.

ROBERT. Ha salido á las diez de la mañana con el señor Baron de Latour.

MARQ. ¿Ha salido?

ROBERT. Yo le he visto subir al coche.

MARQ. Que venga su ayuda de cámara.

ROBERT. Ha salido tambien con los señores.

MARQ. ¿Y en que coche han ido?

ROBERT. En el del señor Baron.

MARQ. Que pongan los caballos en el mio, y á mi hija que la espero aquí. (Vase Roberto.) En firmando el contrato se irá á Rennes con su hermano, y así lograré que no sospechen nada... Entre tanto me quedo sola; podré hablarle, le ofreceré mis riquezas en cambio de esos papeles; y ya por cálculo, ya por compasion, espero que no se negará á complacerme, y que mi secreto quedará sepultado entre los muros de este castillo... ¡Oh! Si cada una de estas antiguas fortalezas tuviese memoria y lengua para hablar, ¡qué historias tan terribles se contarian unas á otras!

MARGAR. (Al ruido que hace al entrar, levanta la Marquesa la cabeza.) Señora...

MARQ. Acercaos; ¡qué desfigurada estais! ¿Por qué es ese temblor?

MARGAR. (Balbuciente.) La muerte de mi padre tan repentina, tan inesperada. ¡He sufrido tanto esta noche!

MARQ. (Con voz sorda.) Sí, es verdad; el vástago tierno y débil todavía se encorva y deshoja con el viento, y solamente la dura y añosa encina puede resistir á todas las tempestades; yo tambien, Margarita, he sufrido mucho; tambien he pasado una noche terrible... y con todo, me ves firme y tranquila.

MARGAR. Dios os ha concedido, señora, un alma fuerte inflexible; pero no debeis exigir á las demás la misma resistencia, porque os espondríais á despedazarlas.

MARQ. Por eso no voy á pedirte más que obediencia. Margarita, ya no tienes padre; desde hoy queda tu hermano por cabeza de la casa. En este momento vas á partir con él para Rennes.

MARGAR. ¡Para Rennes, madre mia! ¿Y con qué objeto?

MARQ. Para finalizar este contrato, que debe llevarse á efecto muy pronto.

MARGAR. Me parece, señora, que cuando mi padre acaba de morir, el respeto que merece...

MARQ. El respeto filial os obliga á cumplir con la última voluntad de vuestro padre. Mirad bien este contrato, y vereis en él las primeras letras de su firma.

MARGAR. ¿Y me será lícito preguntar si cuando mi padre escribió esas letras interrumpidas por la muerte, estaba en su cabal razon; obraba conforme á su voluntad?

MARQ. Eso lo ignoro; pero lo que sé muy bien es que la influencia que dirigia su mano le sobrevive aun. No os olvideis de que los padres representan á Dios sobre la tierra... Dios ha exigido de vuestra madre cosas muy terribles, y vuestra madre ha obedecido. Seguid su ejemplo; Margarita, obedecedla.

MARGAR. Tres dias hace, señora, que con lágrimas en los ojos y angustia en el corazon me arrastro de rodillas desde mi hermano á ese hombre, y desde ese hombre á mi padre, sin que ninguno haya querido ó podido escucharme, porque la ambicion ó la locura estaban allí para ofuscar mi voz... Vos sola me quedais ahora, y sabe Dios lo que me cuesta el último esfuerzo que voy á hacer para intentar mi salvacion... Escuchadme, señora. Si solamente hubiera de sacrificar á vuestro gusto la felicidad de mi vida, hecho estaria el sacrificio; no tuviera que poner en la balanza más que mi amor y mi sosiego, no me veriais dudar. Pero reflexionadlo bien, madre mia; vais á darme una familia que yo haré des-

graciada, pudiendo evitarlo ahora... Acordaos de que hay un hombre á quien he hecho un juramento delante de Dios.

MARQ. Pero antes estábais obligada á obedecer á vuestra madre, y ese hombre nunca puede pediros cuenta, porque no le volvereis á ver.

MARGAR. ¿Y si volviese algun dia á recordarme mi palabra, y si llegando á saberlo todo mi marido, le citase á un desafío solitario, sin testigos, un duelo á muerte, y allí matase á mi amante, y luego atormentado por la conciencia y por una voz que le gritase desde la tumba, perdiese mi marido la razon...

MARQ. (Aterrada.) Calla, calla.

MARGAR. Y entonces, para conservar puro mi nombre y sin género de duda el derecho de mis hijos, tendria que encerrarme sola con un frenético, y que separar de su lado á toda persona viviente, para que no oyesen sus palabras de angustia y de desesperacion. ¿Es esto lo que quereis, señora? Que mi corazon sea de bronce para no sentir, mis hojos de piedra para no llorar; que me vista de luto como una viuda, viviendo mi marido todavía; ¿qué...?

MARQ. Calla, calla.

MARGAR. ¿Para que el terrible secreto muera con los desgraciados que intervinieron en él, tenga que separar de su lecho de muerte á los sacerdotes y á los médicos; que pase de uno á otro cuando les llegue la hora de la agonía, para cerrar con mis propias manos, no los ojos de los muertos, sino la boca de los moribundos?

MARQ. (Retorciéndose los brazos.) ¡Calla! ¡En nombre del cielo, calla!

MARGAR. Decidme ahora que firme, madre mia; decídmelo, y se cumplirá todo eso y la maldicion del Señor caerá sobre nosotros, y los hijos padecerán por las culpas de sus padres hasta la tercera y cuarta generacion.

MARQ. (Con voz ahogada por los sollozos.) ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Podeis humillarme más? Podeis castigarme más?

MARGAR. (Arrodillándose á los piés de la Marquesa.) ¡Perdon! ¡Señora, perdon, perdon!

MARQ. (Levantándose.) ¡Sí, perdon! ¡Bien puedes pedir perdon, hija desconocida y cruel, que has sido el instrumento de la venganza divina, que has abofeteado el rostro de tu madre!

MARGAR. ¡Piedad! ¡Compasion de mí! ¡No sabia lo que hablaba, madre mia; habia perdido la razon! ¡Estaba loca!

MARQ. (Extendiendo ambas manos sobre la cabeza de su hija.) ¡Dios de justicia! Vos habeis escuchado las palabras que mi hija ha proferido, y no me atrevo á esperar que vuestra divina misericordia las olvide para siempre: pero cuando vayais á castigarla, acordaos, Señor, de que yo no la maldigo. (Da algunos para alejarse.)

MARGAR. (Se agarra al vestido de su madre y se arrastra de rodillas gritando.) ¡Madre mia! ¡Madre mia! ¡Perdon! ¡Piedad! ¡Oh, madre mia! (La Marquesa se vuelve hácia su hija lanzándola una mirada terrible, la rechaza y se va por la derecha. Margarita cae dando un grito.) ¡Ah!

ESCENA III.

MARGARITA desvanecida, y PABLO que entra por el fondo.

PABLO. (Levantando á su hermana y sosteniéndola entre sus brazos.) Margarita, hermana mia, vuelve en tí.

MARGAR. (Recobrando sus sentidos.) ¿Quién me habla? ¿Quién ha venido á socorrerme...? ¡Pablo...! No podia ser otro... ¡Oh, providencia mia! Dios te una siempre á mi lado. (Acaba de ponerse en pié ayudandola Pablo.)

PABLO. Ese contrato arrugado y vuestro desmayo me lo revelan todo; el suplicio de la Marquesa es ya demasiado largo; quisiera que cesase inme-

diatamente; y para eso necesito verla. Margarita, ¿quereis encargaros de decirla que el capitan Pablo espera sus órdenes?

MARGAR. Voy al instante. ¡Ah! Yo tampoco debo separarme de ella hasta que obtenga mi perdon. (Pablo la acompaña hasta la puerta de la derecha.)

PABLO. (Solo.) En duro conflicto debe encontrarse el corazon de la Marquesa; despues de tantos años de penas y de soledad, halla que está informada de su secreto, una de las dos personas á quienes más la interesaba ocultarlo.

ESCENA IV.

MARENCEY y PABLO; Marencey entra por el fondo con dos pistolas en las manos; Pablo le saluda con una espresion cariñosa y fraternal; Marencey le corresponde con altanería.

MARENC. (Colocando las pistolas sobre la mesa y deteniéndose á alguna distancia de Pablo) Pensaba iros á buscar, caballero, sin saber de fijo dónde podria hallaros; porque parecido á los génios maléficos de nuestras leyendas populares, teneis sin duda el privilegio de estar al mismo tiempo en todas partes y en ninguna; pero un criado me ha dicho que acabábais de entrar en el castillo. De esa manera, os agradezco que me hayais ahorrado el trabajo que pensaba tomarme.

PABLO. Me tendré por muy dichoso si mis deseos, aunque tal vez inspirados por motivos diferentes, estan en armonía con los vuestros. Ved en qué puedo serviros.

MARENC. Si no lo habeis adivinado, permitidme que me sorprenda de que ignoreis hasta tal punto los deberes de un caballero, de un oficial, y que suponga que tratais de insultarme nuevamente. .

PABLO. (Con voz tranquila.) Os ruego, Marencey...

MARENC. (Con altivez.) Ayer me llamaba el Conde de Marencey, y hoy el Marqués de Auray; no lo olvi-

deis. (Pablo deja entrever una sonrisa.) Os iba diciendo que ignorais los deberes de un hombre de honor, si pensais que yo puedo sufrir que ocupe ningun otro mi lugar en el duelo con que habeis venido á provocarme. Porque en verdad vos sois el que se ha atravesado en mi camino, cuando yo no pensaba en buscaros.

PABLO. (Sonriéndose.) El señor Marques de Auray olvida su visita á bordo de la Indiana.

MARENC. Menos sutilezas, caballero, vamos al caso: cuando ayer os ofrecia una cosa, que no solamente un noble, sino cualquier oficial, cualquier hombre de honor admite sin titubear un instante; vos, por motivos que no puedo comprender, os negásteis á satisfacerme, y habeis ido á buscar un adversario, que si no enteramente estraño á nuestra cuestion, á lo menos no hubiera debido mezclarse en ella.

PABLO. (Siempre con calma.) Hacedme la justicia de creer que he debido atender á razones muy poderosas, que no me dejaban libertad para elegir otro adversario. Vos me ofrecíais un duelo, pero con vos me era imposible batirme, y con cualquier otro me era indiferente; estoy bastante acostumbrado á lances mucho más terribles y peligrosos, para que un compromiso de esta especie tenga á mis ojos más importancia que una aventura de las muchas de mi vida. Así, que no pudiendo admitir el duelo con vos, porque os lo repito, es imposible, elegí al primero que encontré á la mano, que fué el Baron de Latour, como podia haber sido otro cualquiera; pero aquel con mayor razon, porque viéndome precisado á herir, y tal vez á matar á alguno, valia más que recayese en un necio inútil é insolente, que en un hombre de bien que se creeria deshonrado, si soñase solamente el infame partido que el Baron de Latour es capaz de proponer. Ya sabeis que el duelo se terminó sin necesidad de derra-

mar sangre. Tuve la dicha de desarmarle dos veces, y pudiendo matarle le concedí la vida. Es cuanto puedo deciros; no me pidais más explicaciones, porque os doy mi palabra de honor de que no puedo responderos otra cosa.

MARENC. (Con impaciencia.) ¿Y habeis creido que yo me quedaria muy satisfecho con ese simulacro de desafío? ¿Pensábais, porque de pronto no pude deteneros, que ya no habia más que hacer? ¿Esperábais conjurar mi cólera á beneficio de ese velo de misterio con que tratais de cubriros? ¡Ah! Caballero, ya pasó el tiempo de los enigmas; ahora vivimos en un tiempo sólido y real, y la poesía está reservada para las tragedias y las novelas. ¡Con vuestra presencia en este castillo han ocurrido circunstancias bastante fatales, para que se pueda dudar de ellas un momento. Lusiñan ha vuelto, á pesar de su órden de destierro; mi hermana se ha rebelado por la primera vez contra la voluntad de su madre: habeis matado á mi padre con solo poneros delante de él; estas son desgracias efectivas que han venido con vos desde el otro cabo del mundo como un séquito fúnebre y de las cuales os pido cuenta! ¡Con que hablad, señor mio, hablad como un hombre habla á otro, á la luz del dia, cara á cara, y no como una fantasma que se desliza entre las sombras y se escapa á beneficio de la oscuridad, profiriendo alguna palabra del otro mundo, profética y solemne, que cuando más seria buena para asustar á las mujeres y á los niños! Hablad, os repito, ya me veis dispuesto á escucharos con la mayor tranquilidad; cualquiera que sea el secreto que tengais que confiarme, ya os escucho.

PABLO. (Conservando su serenidad.) Es un secreto que no puedo revelaros, porque no me pertenece á mí solo; creed lo que os digo, y no insistais más. Adios. (Hace un movimiento para retirarse.)

MARENC. (Corriendo hácia la puerta y cortándole el paso.) No saldreis de ese modo, os lo aseguro; solos estamos en esta habitacion, adonde habeis venido por vuestra propia voluntad, sin que yo os haya llamado. Escuchad con atencion lo que voy á deciros; aquí el insultado soy yo; el que os exige una satisfacion soy yo; el que ha de batirse con vos...

PABLO. ¡Estais loco! Ya os he dicho que me es imposible; dejadme salir.

MARENC. (Tomando una pistola.) ¡Cuidado! ¡Mirad lo que haceis! (Pablo va á recostarse en la chimenea.) Porque despues de haberme esforzado todo lo posible para que os porteis como un caballero, os puedo tratar como un bandido. Sois un extraño en esta casa, y yo os encuentro sin saber cómo ni para qué habeis entrado en ella. Si por ventura no habeis venido para robar nuestras alhajas. habeis venido sin duda para robar la obediencia de una hija á su madre, y la sagrada promesa de un amigo á otro; en cualquiera de estos dos casos sois un bandido á quien encuentro poniendo la mano sobre un tesoro mio, tesoro de honor, el más precioso de todos... No hay otro medio, creedme; tomad esa arma (Tira la pistola á los piés de Pablo.) y defendeos. (Toma la otra pistola.)

PABLO. (Sin cambiar de actitud.) ¡Podeis matarme, Conde. aunque espero que Dios no permitirá un crímen tan enorme; pero no me obligareis á batirme con vos! Lo he dicho y lo repito.

MARENC. ¡Tomad esa pistola! ¡Tomadla os digo, y defendeos! (Pablo sin responderle alza los hombros y da con el pié á la pistola. Marencey continúa fuera de sí.) ¡Ah! Con que no quieres defenderte como un hombre, ¡pues muere como un perro! (Levanta la pistola á la altura del pecho de Pablo.)

ESCENA V.

Los mismos y MARGARITA; esta da un grito, se abalanza sobre Marencey, y al mismo tiempo sale el tiro; pero errada la puntería por la accion de Margarita, pasa por encima de la cabeza de Pablo y rompe el espejo que se halla detrás de él.

MARGAR. (Corriendo á abrazar á Pablo.) ¡Hermano mio...! ¿Querido hermano, estais herido?

MARENC. (Dejando caer su arma.) ¿Tu hermano? ¿Qué dices?

PABLO. (A Marencey.) ¿Y ahora comprendeis el motivo por qué no podia batirme con vos?

ESCENA VI.

Los mismos y LA MARQUESA. Abrese de pronto la puerta del fondo; se presenta la Marquesa muy pálida y se detiene en el umbral alzando los ojos al cielo. Marencey y Margarita se arrojan á sus piés, tomándola cada uno una mano y cubriendola de lágrimas y besos.

MARQ. (Despues de un momento de silencio.) Gracias, hijos mios, gracias... Dejadme sola con ese jóven. (Marencey y Margarita se levantan inclinándose con respeto y se retiran.)

ESCENA VII.

PABLO y LA MARQUESA; esta cierra la puerta por donde se han ido sus hijos, da algunos pasos por la habitacion, y luego sin mirar á Pablo va á apoyarse en el respaldo del sillon cerca de la mesa donde está el contrato.

MARQ. (Continuando en pié y con los ojos clavados en el suelo.) Deseábais verme, caballero, ya he venido: parece que teníais que hablarme; ya os escucho.

PABLO. (Enternecido.) Si señora, deseaba veros y hablaros; mucho tiempo hace que sentí este deseo por la primera vez, y desde entonces nunca ha

salido de mi corazon. Mis recuerdos de niño me atormentaban sin cesar. Acordábame de una mujer que en otro tiempo me parecia haber visto deslizarse hasta mi cuna, y que tomaba yo en mis sueños juveniles por el ángel tutelar de aquellos mis alegres dias. Desde esa época tan viva en mi memoria, aunque tan remota en verdad, puedo aseguraros, señora, que más de una vez me he extremecido al despertarme, figurándome que acababa de sentir en la frente la impresion de un beso maternal; y cuando miraba alrededor y me encontraba solo, me ponia á imaginar que aquella mujer se habia marchado ó estaba oculta cerca de mí, y que llamándola acaso volveria. Pero veinte años hace que la llamo, y esta es la primera vez que responde á mi voz. ¿Será verdad lo que en algunos momentos me he figurado con horror, que hayais temblado, señora, de que volviese á vuestros piés? ¿Será posible, como lo temo todavía, en este instante, que nada tengais que decir á vuestro hijo?

MARQ. (Con voz sorda.) ¿Hubiera hecho mal ayer, si hubiera temido que me halláseis? Ayer os presentasteis aquí, y el terrible misterio que debia quedar oculto entre Dios y yo, no lo es ya para ninguno de mis hijos.

PABLO. ¿Y yo tengo la culpa si Dios ha tomado á su cargo el revelárselo...? ¿Hé conducido yo á Margarita angustiada y temblorosa á los piés de su padre moribundo, cuyo auxilio demandaba y cuya confesion tuvo que oir? ¿La dirigí yo á casa de Bremont, donde vos, señora, la seguísteis despues? En cuanto á Marencey, el tiro que habeis oido y este espejo hecho pedazos, acreditan que preferia la muerte á descubrir vuestro secreto. No, no; creedme, señora, soy el instrumento y no el brazo, el efecto y no la voluntad. Dios lo ha dirigido todo con su pro-

videncia infinita, para que tuviéseis á vuestros pies, como los habeis tenido ahora, á los dos hijos, que por tan largo tiempo os habeis esforzado á separar de vuestros brazos.

MARQ. (Titubeando) Sí; pero aun me queda otro, y no sé lo que puedo esperar de él.

PABLO. Dejad, señora, que cumpla su último deber, y entonces pedirá de rodillas vuestras órdenes.

MARQ. ¿Y qué deber es ese?

PABLO. Dar á su hermano el puesto que corresponde á su clase; á su hermana la felicidad que ha perdido, y á su madre la paz que desea y no puede conseguir.

MARQ. Y sin embargo os tenemos que agradecer el que Mr. de Maurepas haya negado al Baron de Latour el mando de un regimiento que le pedia para mi hijo.

PABLO. (Sacando el despacho de su bolsillo.) Porque el rey me le ha concedido á mí para mi hermano.

MARQ. (Echa una ojeada al despacho.) ¡Y luego quereis unir á Margarita con un hombre de humilde condicion, sin bienes, y lo que es más, proscripto!

PABLO. Todo lo contrario, señora, quiero unir á Margarita con el hombre á quien ama; no con Lusiñan el proscripto, sino con el señor Baron Anatolio de Lusiñan, á quien S. M. ha nombrado gobernador de la isla de la Guadalupe, y que aguarda á su esposa en mi navío. Esta es su firma... Podeis tomar estos papeles y entregarlos á vuestros hijos.

MARQ. (Mirando los papeles, y tomándoselos á Pablo.) Sí, es verdad; esto es lo suficiente para la ambicion de Marencey y para la felicidad de Margarita.

PABLO. Y tambien para vuestra tranquilidad, señora; porque Marencey irá muy pronto á unirse con su regimiento, Margarita partirá con su esposo, y vos quedareis sola en este castillo con aquella paz que habeis deseado tanto tiempo.

MARQ. Pero mi compromiso con el Baron de Latour...

PABLO. ¿No es suficiente motivo la muerte de un padre, para dilatar y deshacer un enlace proyectado? (La Marquesa le mira un instante, se sienta en el sillon, escribe algunas líneas, llama, y entra un criado.)

MARQ. (Al criado.) Llevad al instante esta carta al Baron de Latour. (El criado toma la carta y váse.) Ahora, que habeis hecho justicia á los inocentes, espero que hareis un favor á la culpable. Teneis unos papeles que acreditan vuestro nacimiento, y siendo el hijo mayor, pudiérais con ellos reclamar ante la ley el nombre y los bienes de Marencey y de Margarita. ¿Qué me pedís en cambio de esos papeles?

PABLO. (Sacando los papeles de su bolsillo.) Dadme una sola vez el nombre de hijo, y permitidme tambien una vez sola que os llame madre mia.

MARQ. (Levantándose.) ¡Será posible!

PABLO. ¡Me hablais de nombre, de honores, de fortuna, ¿Para qué los necesito yo? Por mis solos afanes he conseguido un puesto al que pocos hombres de mi edad podrian aspirar; he alcanzado un nombre que es la bendicion de un pueblo y el terror de otro; y si quisiera, amontonaria las riquezas de un rey. ¿De qué, pues, podrian servirme vuestro nombre, vuestra clase y vuestras riquezas? Si no tuviérais otra cosa que ofrecerme, si no me diérais lo que siempre y en todas partes me ha faltado, lo que yo por mí mismo no me puedo crear, lo que Dios me habia concedido y mi desdicha me ha arrebatado... Lo que vos sólo podeis volverme... Madre mia. ¡Oh! ¡Volvedme mi madre...!

MARQ. (Con violencia.) ¡Hijo...! ¡Hijo mio...!

PABLO. (Se acerca rápidamente á la chimenea; arroja al fuego los papeles y se precipita á los piés de la Marquesa, que se ha dejado caer en el sillon.) ¡Madre mia! ¡Ah! Por fin, ha salido de vuestro corazon ese grito que esperaba, que pedia, que imploraba... ¡Gracias, Dios mio, Gracias...! (Oculta la cabeza en el seno de la Marquesa.)

MARQ. (Alzándole la cabeza.) Mírame... ¡Estas son las primeras lágrimas que en el espacio de veinte años han corrido de mis ojos! Dame la mano. (Se la coloca en el corazon.) En el espacio de veinte años, este es el primer movimiento de júbilo que siente mi corazon... ¡Abrázame...! Estas son las primeras caricias que he recibido en el espacio de veinte años... ¡Estos veinte años me han servido sin duda de expiacion, porque ya veo que Dios me perdona cuando me restituye las caricias, la alegría, las lágrimas! Te lo agradezco, mi Dios... Te lo agradezco, hijo mio. (Le cubre de besos.)

PABLO. ¡Madre mia...!

MARQ. Y yo temblaba volverle á ver... ¡Pobre de mí...! ¡No sabia qué sentimientos dormian en mi propio corazon..! ¡Te bendigo! ¡Te bendigo! (En este momento suena la campana de la capilla y se oye un cañonazo. Pablo se vuelve á arrodillar.)

MARQ. ¿Qué haces?

PABLO. ¿Oís, madre mia? (Se oye un segundo cañonazo.)

MARQ. ¡Dos cañonazos!

PABLO. El tercero me llama á bordo. Madre, vuestra bendicion.

MARQ. (Extendiendo la mano sobre la cabeza de Pablo.) Bendito seas, hijo mio, que despues de veinte años de angustia y de tormentos, has venido á traer la paz á tu madre. (Se oye el tercer cañonazo.)

PABLO. (Levantándose y arrojándose en sus brazos.) Adios.

MARQ. Adios. (Se separan rápidamente y cae el telon)

FIN.